Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)
LIBRO I

Si los autores que me han precedido hubieran omitido el elogio de la historia en sí, sin duda sería necesario que yo urgiera a todos la elección y transmisión de tratados de este tipo, ya que para los hombres no existe enseñanza más clara que el conocimiento de los hechos pretéritos. Pero no sólo algunos, ni de vez en cuando, sino que prácticamente todos los autores, al principio y al final, nos proponen tal apología; aseguran que del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política; afirman también que la rememoración de las peripecias

---

1 Los cinco primeros capítulos de este libro tienen un doble objetivo: ganarse la atención del lector y fijar el contenido de la obra, señalando además el propósito del autor al componerla.

2 Aunque, para los griegos, la historia no fue nunca considerada como una ciencia en el sentido riguroso de la palabra, sino que siempre comprendieron en ella un componente artístico, sin embargo la consideraron como un saber, de categoría y trascendencia excepcionales. Tucídides la había definido como «una adquisición para siempre», y Heródoto encabeza su obra diciendo que pretende, con ella, que las gestas de los hombres no caigan en el olvido; así entronca con la tradición épica. Cicerón recogió la antorcha con su expresión, que se ha hecho proverbial: *historia magistra vitae, testis temporum*. Polibio entlaza claramente con la máxima ciceroniana.
rias ajenas es la más clarividente y la única maestra que nos capacita para soportar con entereza los cambios de fortuna. Es obvio, por consiguiente, que nadie, y mucho menos nosotros, querría bien si repitiera lo que muchos han expuesto ya bellamente. Porque la propia originalidad de los hechos acerca de los cuales nos hemos propuesto escribir se basta por sí misma para atraer y estimular a cualquiera, joven y anciano, a la lectura de nuestra obra. En efecto, ¿puede haber algún hombre tan necio y negligente que no se interese en conocer cómo y por qué género de constitución política fue derrotado casi todo el universo en cincuenta y tres años no cumplidos, y cayó bajo el imperio indiscutible de los romanos? Se puede comprobar que antes esto no había ocurrido nunca. ¿Quién habrá, por otra parte, tan apasionado por otros espectáculos o enseñanzas que pueda considerarlos más provechosos que este conocimiento?

La originalidad, la grandeza del argumento objeto de nuestra consideración pueden comprenderse con claridad insuperable, si comparamos y paragonamos los reinos antiguos más importantes, sobre los que los historiadores han compuesto la mayoría de sus obras, con el imperio romano. He aquí los reinos que merecen esta comparación y paragón: en cierta época los persas consiguieron un gran reino, un gran imperio,

pero siempre que se arriesgaron a cruzar los límites de Asia pusieron en peligro no sólo este imperio, sino sus propias vidas. Los lacedemonios pugnaron largo tiempo para hacerse con la hegemonía sobre todos los griegos, y cuando, al fin, la consiguieron, lograron conservarla indiscutidamente doce años escasos. Los macedonios dominaron Europa desde las orillas del Adriático hasta el río Danubio, lo que, en su totalidad, parecería una pequeña parte del territorio aludido. Pero, posteriormente, aniquilaron el poderío persa y se anexionaron el imperio de Asia. Sin embargo, aunque dieron la impresión de que se habían apoderado de muchas más regiones y estados, dejaron la mayor parte del universo en poder de otros, porque no se lanzaron nunca a disputar el dominio de Sicilia, ni el de Cerdeña, ni el de África, y en cuanto a los pueblos occidentales de Europa, belicosísimos, digamoslo escuetamente: ni tan siquiera los conocieron. En cambio, los romanos sometieron a su obediencia no algunas partes del mundo, sino a éste prácticamente íntegro. Así establecieron la supremacía de un imperio envidiable para los contemporáneos e insuperable para los hombres del futuro. Por descontado: estos temas se entenderán mejor, en su mayor parte, por medio de esta obra mía, la cual hará ver también más claramente, por su propia naturaleza, hasta qué punto las características de la historia política ayudan a los estudiosos.

Polibio pretende ganarse lectores dando a su obra un enfoque distinto del que le han dado otros historiadores contemporáneos suyos o anteriores. Como verá el lector, la crítica positiva o negativa a la obra de otros historiadores se repite una y otra vez en la obra polibiana.

Estos cincuenta y tres años se cuentan desde el principio de la segunda guerra púnica (220/219) a la batalla de Pidna (168/167). Es la primera parte de la obra de Polibio, que abarca los libros I-XXIX.

El período culminante del imperio persa en la antigüedad viene constituido por los reinados de Ciro (559/529) y Darío (522/486), en los cuales adquirió su máxima expansión geográfica.

Desde la victoria del espartano Lisandro, en Egospótamos (404, final de la guerra del Peloponeso), hasta la victoria de Conón sobre los espartanos (394), en la batalla de Cnido.

Aquí sale por primera vez un concepto que será capital en la obra de Polibio: la historia política. Cuando Polibio aplica a la historia el adjetivo griego pragmatikos se refiere a la narración de sucesos políticos y militares en el sentido moderno, excluyendo connotaciones partidistas o didácticas; la historia
En cuanto a la cronología, el inicio de nuestro trabajo lo constituirá la olimpiada ciento cuarenta. Los hechos históricos comenzarán, entre los griegos, por la llamada Guerra Social, la primera que Filipo, hijo de Demetrio y padre de Perseo, emprendió contra los etolios, apoyado por los aqueos; entre los habitantes del Asia, por la guerra de Cesiria, que se hicieron mutuamente Antíoco y Ptolomeo Filopátor. En lo tocante a los países de Italia y de África [el principio de este estudio], lo formará la guerra que estalló entre romanos y cartagineses, llamada por la mayoría guerra Aníbalica. Estos hechos son continuación de los últimos que se narran en el tratado de Arato de Sición.

En las épocas anteriores a ésta los acontecimientos del pragmática, pues, o de los hechos, es un concepto ya muy afín al de historia moderna. Añadamos que Políbio es el primer autor de la historia que, dentro de sus posibilidades, planea una «historia universal». El contenido de esta nota no se ve afectado en nada por el de la siguiente.

El texto griego de los parágrafos 7-8 está muy corrompido en todas las fuentes manuscritas, y el texto original es imposible de restituir. En este punto concrete me aparto de la edición de BÜTTNER-WOST, y ofrezco la traducción del texto ofrecido por LORENZ, recogido por F. W. WALBANK, A historical Commentary on Polybius, I, Oxford, 1957 (citado, desde ahora, WALBANK, Commentary, ad loc.), pág. 41. Con mínimos retoques, acepto también este texto P. PEDECH, en su edición del libro I de Políbio, Polybe, Histoires I, Collection des Universités de France, Paris, 1969 (citado, desde ahora, PEDECH, Polybe, I, o el volumen que corresponda), pág. 20.

Son los años 220/216.

El lugar es, exactamente, IV 60-87 y V 1-30.

Exactamente, V 34-86.

Es la llamada segunda guerra púnica, narrada en todo el libro IY.

Arato de Sición fue, a la vez, general e historiador; militarmente dirigió, con éxito diverso, las tropas de la Liga aquea. Es protagonista de partes extensas de la obra de Políbio; su caracterización como historiador la da el mismo Políbio en II 56, 1; su actuación como general la comenta en IV 8-14.

mundo estaban como dispersos, porque cada una de las empresas estaba separada en la iniciativa de conquista, en los resultados que de ellas nacían y en otras circunstancias, así como en su localización. Pero a partir de esta época la historia se convierte en algo orgánico, los hechos de Italia y los de África se entrelazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos comienzan a referirse a un único fin. Por esto hemos establecido en estos acontecimientos el principio de nuestra obra, porque en la guerra mencionada los romanos vencieron a los cartagineses, y, convencidos de haber logrado ya lo más importante y principal de su proyecto de conquista universal, cobraron confianza entonces por primera vez para extender sus manos al resto: se trasladaron con sus tropas a Grecia y a los países de Asia.

Si estos estados que se disputaron la soberanía mundial nos fueran familiares y conocidos, no sería necesario, naturalmente, que nosotros escribiéramos los sucesos anteriores, y que describiéramos el propósito o el poder con que se lanzaron y emprendieron acciones tan grandes e importantes. Pero como la mayoría soldados desconoce el poder que antaño tuvieron romanos y cartagineses, e ignoran sus hazañas, hemos creído indispensable redactar este libro y el siguiente como introducción a nuestra Historia. Así el que se dedique a la investigación de los hechos actuales se evitará dificultades en cuanto al período anterior, y no deberá indagar las resoluciones, las fuerzas y los recursos que usaron los romanos cuando se lanzaron a esas operaciones que les convirtieron en señores —me refiero a nuestra época— de todo el mar y de toda la tierra. Bien al contrario: los que usen estos dos libros y la introducción que contienen, verán muy claro que los romanos se arrojaron a tales empresas con medios sumamente razonables, y que por ello
lograron el imperio y el gobierno de todo el mundo. La peculiaridad de nuestra obra y la maravilla de nuestra época consisten en esto: según la Fortuna ha hecho inclinar a una sola parte prácticamente todos los sucesos del mundo, y obligó a que tendieran a un solo y único fin, del mismo modo también (es preciso), valiéndose de la historia, concentrarse un único punto de vista sinóptico, en beneficio de los lectores, el plan del que se ha servido la Fortuna para el cumplimiento de la totalidad de los hechos. Lo que acabo de notar es lo que nos ha impulsado y estimulado más a dedicarnos a la historia, y también, además, el hecho de que nadie, entre nuestros contemporáneos, haya emprendido la confección de una historia general. De ser así, yo no habría puesto tanto empeño en una obra de estas características. Pero ahora me he dado cuenta de que muchos investigan guerras particulares y hechos ajenos a ellas; sin embargo, nadie se dedica, al menos por lo que nosotros sabemos, a dilucidad la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo

14 La idea de Polibio es clara: la historia universal sólo la hace verdaderamente posible una nación (aqui, muy concretamente, el imperio romano) que tenga por ideal dominar el universo.


16 Por ejemplo: Filarco, que narró la historia de los selúcidas (222/187) centrada en la figura de Antígono III. Polibio aprecia poco a estos autores de monografías, cuyas críticas encontramos repetidamente a lo largo de su obra. Cf. I 14, con la crítica de los historiadores Fabio y Filino. Fundamental en la crítica histórica de Polibio es el libro XII de su obra, en el que el historiador Timo, autor de la obra Sikeliká (Historia de Sicilia), sale muy malparado. Pero por otras fuentes su historia parece que es apreciable. Polibio lo mencionará inmediatamente (5, 1).

y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación. [Por ello] he creído absolutamente necesario no omitir ni dejar pasar, sin detenerme en ello, la obra más bella, y al mismo tiempo más útil, de la Fortuna. Esta, ciertamente, realiza muchas cosas novedosas e interviene de continuo en las vidas de los hombres, pero, francamente, no había realizado jamás una obra semejante ni había propugnado un conflicto como el actual. Y esto es lo que resulta imposible de captar en los autores de monografías, a no ser que se viaje a todas las ciudades más ilustres, recorriéndolas una por una, o bien, ¡por Zeus!, que se contemplen por separado, pintadas, y se suponga en el acto, por ello, que se ha visto el mapa de todo el universo, la disposición global del mundo y su ordenación, lo cual resulta absolutamente inverosímil. Porque, en general, los que están convencidos realmente de que a través de las historias monográficas tienen una adecuada visión del conjunto, creo que sufren algo parecido a los que han contemplado esparcidas las partes de un cuerpo antes dotado de vida y de belleza, y ahora juzgan que han sido testigos ocuáires suficientes de su vigor, de su vida y de su hermosura. Pero si alguien recomponía de golpe el cuerpo vivo y consiguiera devolverle su integridad, con la forma y el bienestar de su espíritu, y luego, ya conseguido esto, mostrara de nuevo el cuerpo a aquellos mismos, estoy seguro de que todos confesarían al punto que antes habían quedado muy lejos de la verdad, y que habían sido parecidos a los que sufren visiones en sueños. Es verdad que la parte puede ofrecer una cierta idea del todo, pero es imposible que proporcione un conocimiento exhaustivo y un juicio exacto. Por eso hay que considerar que la historia monográfica aporta poca cosa al conocimiento y al establecimiento de hechos generales. Sin embargo, a partir del entrelazamiento y la comparación de todos
los hechos entre sí, y además de su semejanza y su diferencia, sólo así uno lograría y podría alcanzar, al propio tiempo, el goce y el provecho proporcionados por la historia.

Introducción
al libro I. Origen de la primera guerra púnica

Estableceremos como punto inicial de este libro la primera travesía que los romanos efectuaron fuera de Italia. Este comienzo sigue inmediatamente a los sucesos en los que se detuvo Timo y cae en la olimpiada ciento veintinueve. Convendría, pues, explicar cómo y cuándo los romanos, que ya habían resuelto satisfactoriamente sus problemas en Italia, se lanzaron a cruzar el mar hasta Sicilia, y aclarar con qué medios lo hicieron. Tal isla fue el primer territorio exterior a las regiones italianas que los romanos invadieron. La causa de esta travesía debe ser expuesta sin más, evitando así que al indagar la causa de la causa, el comienzo y la investigación de todo lo expuesto, llegue a carecer de fundamento. Debe escogerse como principio un momento reconocido y aceptado por todos, que permita por sí mismo la visión de los acontecimientos. Incluso si es preciso, remontarse algo en el tiempo y hacer una recapitulación que abarque los momentos intermedios, porque si se ignora el momento inicial o, ¡por Zeus!, se discute, será imposible pedir aceptación y crédito para lo que siga, mientras que si se ha dispuesto de un principio reconocido acerca del punto inicial, todo el desarrollo subsiguiente resultará aceptable para los lectores.

Había empezado el año decimonono después de la batalla naval de Egospótamos, que es el decimosextio anterior a la que se libró en Leuctra. En este año los lacedemonios firmaron con el rey de los persas la paz llamada de Antálcidas, y Dionisio el Viejo, tras derrotar a los griegos de Italia en la batalla habida junto al río Eléporo, asediaba Regio. Por su parte, los galos habían tomado, y retenían por la fuerza, la ciudad de Roma, a excepción del Capitolio. Los romanos concertaron treguas y un cese de hostilidades.

18 Río que está en el Quersoneso Tracio, ante cuya desembocadura se libró la batalla naval que decidió la derrota definitiva de Atenas en la guerra del Peloponeso (405).
19 Tras la hegemonía espartana subsiguiente a su victoria en la guerra del Peloponeso, sigue una meteórica hegemonía tebana entre las dos batallas de Leuctra, Tebas contra Esparta, con victoria de la primera (371, decidida por el genio militar de Epaminondas) y de Mantinea (362), ganada también por los tebanos contra una confederación peloponesia. Pero en ella murió el general vencedor, Epaminondas (362), y el papel de Tebas en el desarrollo de los asuntos griegos quedó relegado a un segundo plano.
20 La paz de Antálcidas, llamada también «paz del Rey», por haber sido impuesta a los griegos por el emperador persa en el año 386, hizo que Esparta perdiera la hegemonía en el Asia Menor (en la costa meridional, el Quersoneso rodi y la isla de Rodas), pero que recuperara la hegemonía en Grecia. Los más perjudicados fueron los atenienses. Pero la hegemonía tebana seguirá inmediatamente. Como nota el profesor A. Díaz Tejera, Polibio, Historia 1/1, Madrid-Barcelona, 1972 (citado, desde ahora, Díaz Tejera, Polibio), pág. 16, nota al pie, el principio absoluto del que parte Polibio es la toma de Roma por los galos (387/386).
21 Es el actual río Stilaro, al N. de Caulonia, en Bruttium. Dionisio I de Siracusa derrotó allí, en el año 389, a un ejército de veintisiete mil italiotas, lo cual le permitió asentarse firmemente en Italia. La ciudad de Regio le ofreció, sin embargo, tenaz resistencia.
22 Primera aparición de los galos en la historia de Polibio, en la que saldrán con frecuencia. Pero su protagonismo principal lo ejercen en II 17-35.
satisfactorio para los galos, y dueños de nuevo de su país contra toda esperanza, consideraron tal circunstancia como principio de su desarrollo, y en los tiempos siguientes guerraron contra los limitrofes de su ciudad. Se convirtieron en señores de todos los pueblos latinos tanto por su valor como por su buena estrella en los combates; después lucharon contra los tirreños, seguidamente entre los celtas, y a continuación contra los samnitas, colindantes [éstos] con el país de los latinos por el Norte y por el Este. Pasó cierto tiempo; los tarentinos, que habían tratado con insolencia a unos legados romanos, se atemorizaron por ello, y se atrajeron a Pirro; fue en el año anterior al de la expedición de los galos que fue aniquilada en Delfos, y ellos se vieron forzados a navegar hacia Asia.

Los romanos, tras someter a los etruscos y a los samnitas, tras haber vencido, además, en muchas batallas a los celtas de Italia, atacaron entonces por primera vez las partes restantes de ella. No era su intención hacer la guerra por un territorio extranjero, sino, en la mayoría de las veces, por algo que ya era suyo y les pertenecía. Sus contiendas contra samnitas y galos habían convertido a los romanos en verdaderos campeones en las acciones de guerra. Sostuvieron bravamente estas hostilidades, y acabaron por desalojar de Italia a las fuerzas de Pirro; guerrearón de nuevo y destruyeron a los que habían hecho causa común con él. Se convirtieron, pues, en dueños de todo, contra lo que cabía esperar, ya que sometieron a todos los habitantes de Italia, excepción hecha de los galos. Y a

continuación emprendieron el asedio de los romanos que entonces dominaban en Regio.

Mesina y Regio, ciudades fundadas a ambos lados del estrecho, habían sufrido una suerte singular y se mejante. Por lo que atañe a Mesina, en una época no muy anterior a los hechos de que ahora nos ocupamos, los campanos, que actuaban como mercenarios a las órdenes de Agatocles, y que antes se habían visto cautivados por la belleza y por las demás ventajas de la ciudad, así que se les presentó una ocasión favorable resolvieron de inmediato violar las treguas; entraron como amigos, se apoderaron de la población, expulsaron a unos ciudadanos y degollaron a otros. Después de hacer esto, tomaron a las mujeres y a los hijos de aquellos a quienes habían desposeído tal como la Fortuna se los distribuyó en el momento mismo del crimen; luego se repartieron las riquezas restantes, y todo el territorio, y se quedaron con ello. Como se apoderaron rápida y fácilmente de un hermoso país y de una bella ciudad, no tardaron en encontrar imitadores de su fechoría. En el tiempo en que Pirro había cru

---

23 A raíz de la situación apurada de Roma ante los galos, los pueblos latinos tendieron a separarse de ella. Tibur y Prenesté formaron una liga por separado. Cf. Walbank, Commentary, ad loc.

24 La situación es clara: los romanos acudieron a asediar a otros romanos que, mandados por Decio, habían logrado hacernos con el dominio de la ciudad de Regio mediante una tracción.

25 Agatocles es el tirano de Siracusa con el título de rey.

26 Además de lo dicho en la nota 15, un amplio estudio sobre la Fortuna en Polibio puede verse en Díaz Tejera, Polibio, páginas XCI-XCVII.

27 Era a principios del año 281. Pirro fue llamado por los tarentinos, atemorizados por el empuje de los romanos hacia el N. Es el momento de la gran expansión del dominio cartaginés; Cartago dominaba todo el mar Tirreno con bases en Cerdeña, en Sicilia y en las Baleares. Un mapa del imperio cartaginés de este tiempo puede verse en Großer Historischer Weltatlas, editado por la Bayerische Schulbuch Verlag, I. Teil, Vorgeschichte und Altertum, Munich, 1972 (citado, desde ahora, Weltatlas, 1), pág. 37. Una valoración general del mundo griego en este momento, en H. Bengston, Griechische Geschich-
zado el mar hasta Italia, los regímenes, sobrecogidos por
tal expedición y temerosos de los cartagineses, que eran
la primera potencia marítima, consiguieron de los ro-
manos una guarnición y ayuda. Llegaron, pues, y du-
rante cierto tiempo guardaron la ciudad y la confianza
depositada en ellos; eran cuatro mil en número, man-
dados por Decio Campano. Con todo, acabaron por
emular a los mamertinos, a los que tomaron por co-
laboradores. Estos romanos, codiciosos de la estratégica
situación de esta ciudad y de la prosperidad de los
regímenes, debida a sus propiedades, traicionaron el pacto
que les unía a ellos, arrojaron del país a unos ciuda-
danos, degollaron a otros, y se adueñaron de la ciudad;
no de otra manera habían procedido los campanos.
Todo ello enojó a los romanos, pero de momento no
 pudieron hacer nada, porque estaban embarcados en
las guerras antedichas. Cuando se vieron libres de
ellas cercaron y bloquearon la ciudad de Regio, tal
como arriba indiqué. Y lograron el triunfo. Durante
la misma acción mataron a la mayor parte de los ase-
diados, que se defendían encarnizadamente porque
prevían el futuro. Pero cogieron vivos a más de trescientos,
que enviaron a Roma. Los cónsules los condujeron
hasta el foro, les mandaron azotar y los decapitaron a
todos con hachas, según es uso entre los romanos. Con
aquel castigo pretendían levantar en lo posible la con-
fianza que sus aliados habían puesto en ellos. Y devol-
vieron, al punto, a los regímenes su país y su ciudad.

Los mamertinos 28 (pues los campanos que se habían
apoderado de Mesina se habían aplicado a sí mismos
este nombre), mientras se beneficiaron de la alianza
 pactada con los romanos que retenían Regio, no sólo
dominaron con seguridad su territorio y su ciudad,
sino que inquietaron cada cierto tiempo la frontera de
los cartagineses y de los siracusanos, y se hicieron
pagar tributos en muchas partes de Sicilia. Mas cuando se
vieron sin la ayuda mencionada porque los que do-
minaban en Regio estaban asediados, fueron empuja-
dos inmediatamente por los siracusanos a su ciudad.
Las causas de ello fueron, entre otras, las siguientes:

No mucho tiempo antes, las tropas de los siracusa-
nos, apostadas en Mergane 29, rompieron con los que
residían en la ciudad, y en Mergane misma nombraron
sus propios generales: Artemidoro, y el que después
de estos hechos fue tirano de Sicilia, Hierón 30, quien
entonces era muy joven, desde luego, pero a quien su
noble linaje dotó de capacidad para reinar y actuar.
Hierón, pues, recogió el mando, con la ayuda de algunos
intimos entró en la ciudad, logró dominar a sus adver-
sarios políticos, y dispuso con tanta prudencia y
magnanimidad los asuntos que los siracusanos, que
nunca aceptaban que los soldados eligieran a sus jefes,
aquella ocasión acordaron por unanimidad tener a
Hierón como general en jefe. Ya en sus primeras de-
cisiones Hierón evidenció a los buenos observadores
que abrigaba aspiraciones superiores a las del gene-
ralato.

Veía que los siracusanos, cada vez que mandaban
fuera a sus tropas, y a sus magistrados con ellas, se
peleaban entre sí, y siempre maquinaban cambios po-
líticos. Se dio cuenta, además, de que Leptines 31 so-

28 El nombre «mamertino» parece derivarse de Mamertos,
equivalente, en lengua campana, al Marte de los romanos.
Quizás haya aquí una alusión a la belicosidad excepcional de
estas gentes.

29 Mergane: no se ha logrado identificar este topónimo con
el de ninguna población siciliana actual.
30 Una apreciación de la figura de Hierón, en BENGSTON,
Geschichte, pág. 388.
31 Obscuro personaje del que no se sabe nada. El caso no
bresalía mucho, en prestancia y en crédito, del resto de los conciudadanos; el pueblo tenia de él una opinión excepcional. Traba, pues, parentesco con él, ya que quería dejarle en la ciudad como lugarteniente cada vez que él debiera salir personalmente con las tropas para alguna acción. Efectivamente, toma por mujer a la hija del mencionado Leptines, y tras comprobar que sus antiguos mercenarios le eran desafectos, además de levantiscos, los conduce en expedición militar, dirigida en apariencia contra los bárbaros, dueños de Mesina. Acampó cerca de Centóripa, frente al enemigo, estableció la línea de combate a lo largo del río Ciamosoro, y él personalmente mantuvo la caballería y la infantería nacionales a una cierta distancia, como si quisiera entablar batalla con el enemigo en otro lugar. Puso en la vanguardia a los mercenarios y permitió que murieran todos abatidos por los bárbaros. Mientras éstos eran masacrados él efectuó sin peligro la retirada, junto con sus conciudadanos, hacia Siracusa. Tras poner fin a este asunto de modo efectivo, alejados ya de su ejército los elementos turbulentos y revoltosos, reclutó personalmente un número suficiente de mercenarios, y ya ejerció con seguridad el mando militar. Al observar que los bárbaros, debido a su éxito, se revolvían con más audacia y temeridad, armó y entrenó enérgicamente a las tropas ciudadanas, las hizo salir y entablar combate con el enemigo en la llanura de Milea, junto al río llamado Longano. Increíblemente su derrota fue más severa que la de sus generales; así atacó la osadía de los bárbaros, y tras su regreso a Siracusa fue aclamado rey por todos los aliados. Los mamertinos, privados primero del apoyo de los de Regio, como dije más arriba, estaban entonces, debido a las causas aducidas, en la más completa de las bancarrotas en sus propios recursos. Unos buscaron refugio entre los cartagineses, y les cedieron su ciudadela y sus propias personas, en tanto que otros enviaron a los romanos embajadores que les ofrecieran la ciudad y demandaran ayuda, fundándose en que eran hermanos de raza. Los romanos vacilaron mucho tiempo, porque, en su opinión, saltaba a la vista lo absurdo de la ayuda: pues el hecho de que quienes poco tiempo antes habían ejecutado con el suplicio mayor a sus propios conciudadanos por haber traicionado los pactos establecidos con los regímenes, ahora ayudaran a los mamertinos, que habían cometido algo semejante no sólo contra la ciudad de Mesina, sino contra la de Regio, era en sí un error difícilmente justificable. Pero sin dejar de ver, en último término, las claras objeciones, veían también que los cartagineses habían sometido no sólo los territorios de África, sino además muchos de España, que eran dueños de todas las islas del Mediterráneo.

35 Esta afirmación de Polibio es dudosa: en Siracusa nunca existió el título de «rey», aunque en realidad el gobierno fuera monárquico. La institución de la tiranía se prolongó en Siracusa y sobrevivió a las restantes de Grecia, precisamente por la suma habilidad de sus tiranos.
36 Cf. 1 8, 1-2.
37 Los límites y la modalidad de la dominación cartaginesa en España en esta época son inciertos: se trataría del S. y del SE., más que nada con algunas bases de operaciones y un vago dominio territorial sobre ciertas zonas; lugares seguros parecen ser Malaca (Málaga), Abdera (Adra) y Calpe (Gibraltar), y sobre todo Cartago Nova, la actual Cartagena.
mar de Cerdeña y del mar Tirreno. Los romanos consideraban con razón que, si los cartagineses se apoderaban, por añadidura, de Sicilia, les resultarían vecinos temibles y excesivamente gravosos, pues les tendrían rodeados y ejercerían presión sobre todas las regiones de Italia. Resultaba claro, en consecuencia, que si los mamertinos no alcanzaban la ayuda, los cartagineses someterían al punto Sicilia. Porque en cuanto se adueñaran de Mesina, que ahora se les entregaba, en breve plazo iban a destruir Siracusa, porque dominaban prácticamente todo el resto de Sicilia. Previsto esto los romanos, y considerando que no podían abandonar Mesina ni permitir que los cartagineses tendieran un puente para sus incursiones contra Italia, hicieron largas deliberaciones.

El Senado rechazó categóricamente la petición por las causas antedichas: las ventajas de prestar esta ayuda se veían contrapuestas por lo absurdo del auxilio a los mamertinos. Pero la plebe, que estaba arruinada por las guerras anteriores y clamaba por una recuperación, fuera la que fuera, decidió finalmente la ayuda, ello tanto por lo que se acaba de exponer en cuanto al interés común que presentaba esta guerra, como porque los generales andaban señalando, a cada uno en particular, las grandes y evidentes ventajas. El pueblo aprobó por votación el decreto, y los romanos nombraron general a uno de los cónsules, a Apio Claudio. Le enviaron con la orden de pasar hasta Mesina y prestar allí ayuda. Los mamertinos lograron expulsar al general cartaginés, que ocupaba ya la ciudadela, en parte con intimidaciones y en parte con engaños, llamaron a Apio y pusieron la ciudad en sus manos. Los cartagineses crucificaron a su general, convencidos de que había evacuado la ciudadela por negligencia y cobardía. Luego tomaron posiciones: con su flota junto al cabo 6 Peloría 38, y con su infantería en las llamadas Sines, establecieron un enérgico bloqueo sobre Mesina. Fue entonces cuando Hierón, persuadido de que las circunstancias actuales eran las más indicadas para arrojar totalmente de Sicilia a los bárbaros que retenían Mesina, pactó con los cartagineses, tras lo cual salió de Siracusa y se puso en marcha hacia la ciudad mencionada. Acampó frente a ella, junto al monte llamado Calcídico 39, y cerró por allí la salida a los de la ciudad.

38 El actual Capo di Faro, promontorio al NE. de Sicilia. No sabemos, en cambio, qué son las Sines: quizás se trate de algún lugar al N. de Mesina.

39 Tampoco podemos localizar este topónimo, pero por el
El general romano Apio cruzó de noche y por sorpresa el estrecho, y llegó hasta Mesina. Al ver que el enemigo ejercía por todas partes gran presión sobre la ciudad, pensó que sería para él un deshonor y además un riesgo dejarse asediar, ya que el enemigo dominaba mar y tierra. Empezó, pues, por enviar legados a ambos bandos, con la intención de apartar de la guerra a los mamertinos. Pero como nadie le atendió, al final decidió, obligado por las circunstancias, afrontar los peligros y atacar a los siracusanos. Hizo salir su ejército y lo dispuso en orden de combate; por su parte, el rey de Siracusa bajó presto a la pelea. La pugna duró largo tiempo, pero Apio logró superar al enemigo y persiguió a todos sus contrarios hasta sus trincheras. Despojó a los cadáveres y se replegó hacia Mesina, mientras que Hierón, que empezó a recelar del éxito final del intento, cuando sobrevino la noche se retiró a toda prisa hacia Siracusa.

Al día siguiente, cuando Apio se dio cuenta de la retirada de los antedichos, cobró ánimo, y decidió no diferir el ataque contra los cartagineses. Ordenó a sus soldados que la comida se hiciera en el momento adecuado, y salió del campamento al amanecer. Trabando combate con los adversarios, les infligió gran número de bajas, y al resto les obligó a huir en desbandada a las ciudades cercanas. Apio explotó estos éxitos, levantó el cerco de Mesina, y desde entonces hacia marchas impunemente, en las que se dedicaba a talar los territorios de los siracusanos y también los de aquellos que se les habían aliado, sin que nadie se le opusiera en campo abierto. Finalmente, acampó en los alrededores de Siracusa e inició su asedio.

Esta fue la primera expedición de los romanos fuera de Italia con un ejército, y fue por las razones y en el tiempo indicados. Considerando que era el comienzo más adecuado para el conjunto de la exposición, la establecimos como principio, remontándonos un poco más en el tiempo, para no dejar ninguna duda en cuanto a la explicación de las causas. Saber cómo y cuándo los romanos, que habían tropezado con dificultades en su propio país, empezaron a progresar, conocer cómo de nuevo, dueños ya de la situación en Italia, se lanzaron a empresas fuera de ella, lo supusimos necesario para los que van a seguirnos. Así dispondrán de una apropiada visión de conjunto de aquello en que se cifra la actual supremacía romana. Por esto, tampoco hay que extrañarse en lo que sigue, si alguna vez, al tratar de las naciones más famosas, nos remontamos en el tiempo. Lo haremos para alcanzar unos principios, a partir de los cuales se perciban con claridad los puntos de partida, cómo y cuándo se lanzó cada una para llegar a la situación en la que actualmente se encuentra. Es precisamente lo que acabamos de hacer con los romanos.

Pero ya es hora de que abandonemos esto, y exponga yo mis propósitos. Voy a señalar, de manera breve y resumida, los hechos que comprenderá esta Introducción. Los primeros, por orden, serán los ocurridos entre romanos y cartagineses en la guerra de Sicilia.

40 Aquí aparece por primera vez algo que se dará frecuentemente en la obra de Polibio: una recapitulación de lo expuesto anteriormente, que a su vez fundamenta algo, aquí exactamente dos cosas: el método polibiano de redactar su historia y el acceso de los romanos a su supremacía política indiscutida.

41 Se refiere al contenido de los libros I y II.

42 Se trata de la primera guerra púnica entre romanos y cartagineses; hasta ahora, Polibio no la había citado; duró de los años 264-241.
3 Conectada con ella estará la guerra de África, y enlazada con esta última la de Amilcar en España; seguirá la que hicieron Asdrúbal y sus cartagineses. Por el mismo tiempo que éstas fue la primera expedición de los romanos hacia Iliria y estas partes de Europa. Además de las dichas, pertenecen a esta época las campañas de los romanos contra los celtas de Italia.

4 Paralelamente a todo ello se producía en Grecia la llamada guerra de Cleómenes, con la que pondremos fin al conjunto de la _Introducción_ y al libro segundo.

5 No nos ha parecido necesaria, ni útil para nuestra audiencia, una enumeración detallada de los hechos mencionados. En efecto, no nos proponemos historiariarlos, pero hemos decidido mencionarlos de forma resumida como preparación adecuada a los hechos de los que vamos a hacer la historia. Por ello, de todo lo dicho tocaremos lo más importante, en su orden cronológico, y nos esforzaremos en enlazar el final de esta _Introducción_ con el principio y el objeto de nuestra _Historia_. Con un método así, la exposición será seguida, y en nuestra opinión enlazaremos de manera satisfactoria las cosas ya relatadas antes con las otras. Haremos accesible y fácil de comprender para los estudiosos, por medio de esta disposición, el camino hacia lo que está aún por decir. Intentaremos exponer algo más cuidadosamente la primera guerra que surgió entre romanos y cartagineses por Sicilia; es difícil encontrar otra guerra más prolongada que ésta, con preparativos más completos, con acciones más seguidas, con un número mayor de batallas y de peripecias que las que en la citada guerra afectaron a los dos bandos.

6 En aquella época los dos estados conservaban intactas sus instituciones, no les había favorecido demasiado la Fortuna, y sus fuerzas eran muy semejantes. Por eso, los que quieran comprender bien la peculiaridad y la pujanza de cada uno de ellos deberán formar su juicio no tanto por las guerras que siguieron a éstas como por ella misma.

7 No menos que todo lo aducido me ha incitado a detenerme en esta guerra el hecho de que los que parece que han escrito con más conocimientos de ella, Filino y Fabio, no nos han transmitido la verdad como hubiera debido de ser. No supongo que estos hombres...

---

43 Son los territorios de la actual Yugoslavia y Albania.

44 Aquí el texto original _metria tais tychais_ es de interpretación dudosa. Schweighäuser, en su traducción latina (cf. nota 37), tradujo _fortunis mediocres_, versión que los traductores modernos no interpretan del mismo modo. Pédech, _Polybe_, 1, p. 34, nota el pie, dice que ambos estados, Roma y Cartago, tenían «une situation moyenne». Paton, en su edición (cf., asimismo, la nota 37), traduce «the two states were... moderate in fortune», traducción ambigua, quizás intencionadamente, porque el término inglés crucial «fortune» puede significar el griego _tyche_ o los medios materiales (fortuna, riqueza). En el otro lado está Walbank, _Commentary_, ad loc., que se inclina decididamente por el griego _tyche_ como fortuna, destino, y propone la interpretación siguiente: Roma y Cartago merecen su pujanza y su prosperidad más a su propio esfuerzo y virtudes morales que a la ayuda de la Fortuna. En su texto, Pédech traduce «une moderate part of chance», con lo que parece abonar la interpretación de Walbank. Pero, ya en el siglo XVIII, Gronovio había traducido el lugar _fortunis sufficientes_, es decir, señalaba que Roma y Cartago contaban con medios suficientes para sostener una guerra larga. Díaz Tejera, _Polibio_, traduce «moderados en los beneficios de la fortuna», interpretación que no se aleja de la presente traducción. El sentido general de la palabra _tyche_ parece excluir la traducción de Gronovio.

45 Se trata de dos historiadores antiguos, sicilianos el primero y romano el segundo, iniciadores en Roma del género histórico. Filino historiò la primera guerra púnica y se mostró favorable a los cartagineses; la obra de Fabius Pictor se titulaba _Annales_ y narraba la historia de Roma desde los amores de...
Dido y Eneas hasta su época contemporánea. A pesar de la crítica desfavorable que de ellos hace Polibio, seguramente han sido sus únicas fuentes para describir la primera guerra púnica; cf. Walbank, Commentary, ad loc.

46 En el conjunto de la obra de Polibio hay, ciertamente, narraciones y explicaciones particulares y concretas no exentas de alguna puerilidad, pero con todo prepondera enormemente la gran seriedad con que nuestro autor se toma su obra de historiador. Por lo demás, acerca de la concepción polibiana de la historia puede leerse con fruto Díaz Tejera, Polibio, páginas LXXII-XCI.
8 de Mesina y vencedores en aquellos combates. En cambio, los que había señalado como derrotados y asediados, luego nos los exhibe como perseguidores y dueños inmediatos del campo abierto, y, finalmente, como sitiadores de Siracusa. Es totalmente imposible que esos hechos concuerden entre sí; ¿cómo podrían hacerlo? Por el contrario, es preciso que sean falsas o bien las primeras suposiciones, o bien los resultados de los sucesos. Lo que responde a la verdad es lo último, porque los cartagineses y los siracusanos se retiraron de los lugares abiertos, y los romanos hostilaron al punto Siracusa, como este historiador declara, y atacaron también Equelita, plaza situada en el límite de los dominios cartagineses y siracusanos. Es preciso, pues, reconocer que son falsos los comienzos y las premisas, y que, a pesar de la inmediata victoria de los romanos en los encuentros librados cerca de Mesina, Filo nos relató que ellos habían sido derrotados. De este historiador se puede constatar que procede igual a lo largo de toda su obra, y lo mismo cabe señalar de Fabio, como se demostrará oportunamente. Tras exponer las razones que han aconseguido esta digresión, volveremos a los hechos y procuraremos, componiendo una narración seguida, conducir a los lectores, mediante pocas palabras, a hacerse una idea concreta, en lo que se refiere a la guerra citada.

Cuando, procedentes de Sicilia, llegaron a Roma las noticias de los éxitos de Apio y sus legiones, Manio Otacilio y Manio Valerio, nombrados ya cónsules, fueron enviados a la isla como generales, y con ellos, el ejército íntegro. Los romanos tienen, además de las legiones de los aliados otras cuatro formadas totalmente por ciudadanos, que son reclutadas anualmente. Cada legion cuenta con cuatro mil soldados de a pie y trescientos de a caballo. Cuando los romanos comparecieron en Sicilia, la mayor parte de las ciudades desertaron de siracusanos y de cartagineses, y se les pasaron. Hierón, al observar la agitación y el estupor de los sicilianos, así como el número y la fuerza de las legiones romanas, calculó, por todas estas razones, que era más seguro depositar las esperanzas en los romanos que en los cartagineses. Sus reflexiones le llevaron a este partido, y envió una embajada a los cónsules con vistas a un tratado de paz y de amistad. Los romanos, por su parte, no lo despreciaron, mucho menos teniendo en cuenta su propio avituallamiento: en efecto, los cartagineses dominaban el mar, y preocupaba a los romanos que les interceptaran por todas partes los avituallamientos, pues padecían grave escasez de víveres ya antes de que las legiones efectuaran la travesía. Los romanos, pues, aceptaron satisfechos la amistad de Hierón, ya que consideraron que iba a serles muy útil en el aspecto citado. Hicieron un pacto, en virtud del cual el rey devolvería sin rescate los prisioneros a los romanos, y, además, añadiría cien talentos. Desde entonces los romanos comenzaron a tratar a los siracusanos como amigos y aliados. El rey Hierón, una vez confiado a la protección de los romanos, fue proporcionándoles suministros según sus necesidades, y desde entonces reinó sin temor sobre los siracusanos, sin otra ambición que las coronas y los honores que

---

47 Plaza fuerte situada entre Camarina y Leontini.
48 Cf. III 8.
le tributaran los griegos. En efecto, es opinión general que él ha sido el más ilustre de todos, y el que se aprovechó por más tiempo de su propia perspicacia, tanto en su vida privada como en su actividad política.

17 Cuando estos acuerdos fueron transmitidos a Roma, y el pueblo aceptó y ratificó los convenios con Hierón, los romanos decidieron no enviar, en adelante, todas sus tropas a Sicilia, sino dos legiones únicamente. Pensaban que, gracias a la alianza con el rey, aquella guerra ya les era menos gravosa, y suponían, además, que sus fuerzas dispondrían con más holgura de lo preciso. Los cartagineses, al ver que Hierón se les había convertido en enemigo, y que los romanos, por otra parte, se habían comprometido a fondo en la empresa de Sicilia, pensaron que era precisa una preparación más completa, con la que fueran capaces de afrontar al enemigo y seguir con sus posesiones en Sicilia. Por eso reclutaron mercenarios de la región que se halla frente a Sicilia, muchos ligure y galos, iberos en número aún mayor que el de éstos, y los enviaron todos a Sicilia.

5 Observando los cartagineses que la ciudad de Agrigento era la más adecuada para sus preparativos y, al mismo tiempo, la plaza más fuerte que tenían en sus dominios, concentraron en ella sus aprovisionamientos y sus tropas, pues habían decidido utilizar la ciudad como base de operaciones para esta guerra.

Los cónsules romanos que habían establecido los acuerdos con Hierón habían regresado a Roma, y los nombrados para sucederles, Lucio Postumio y Quinto Mamilio, acudieron a Sicilia con las legiones. Comprobaron las intenciones de los cartagineses y los preparativos que se hacían en Agrigento, y decidieron acometer con más audacia la empresa. Por eso se desentendieron de la guerra en los demás frentes, llevaron su ejército íntegro contra la ciudad misma de Agrigento y la hostilizaron; habían acampado a ocho estadios de ella y bloquearon dentro de sus muros a los cartagineses. Como estaba entonces en su apogeo la recolección del trigo, y el asedio se presentaba largo, los soldados romanos se lanzaron con un afán imprudente a la recogida del cereal. Los cartagineses, al ver que el enemigo se había esparcido por su territorio, efectuaron una salida y atacaron a los recolectores. Tras ponerlos en fuga con facilidad, unos cartagineses se dirigieron a saquear el campamento; otros, contra los puestos de los centinelas romanos. Y la excelencia de sus instituciones salvó, entonces como en otras muchas ocasiones, la causa de Roma. Pues la pena decretada entre los romanos para que el que abandona su puesto es la capital, y también para el que acaba por huir y dejar su sitio de centinela. Por eso los romanos se pusieron tenazmente a los enemigos, y aunque perdieron a muchos de los suyos, mataron a un número todavía mayor de cartagineses. Al fin lograron rodear a los adversarios, que estaban a punto de arrancar ya el atrincheramiento, dieron muerte a unos, y, atacándole e infligiéndole bajas, persiguieron al resto hasta Agrigento.

Después de todo esto los cartagineses fueron más prevenidos en sus ataques, y los romanos, por su parte, fueron a forrajar con una mayor cobertura. Puesto

50 Entre los romanos, un estadio tenía 178,6 metros, igual que el ateniense. El de otras ciudades griegas tenía una longitud inferior. Las indicaciones de distancia en Polibio, frecuentemente, se deben calcular siempre según el estadio romano.

51 Estamos a principios del año 262.

52 Instituciones: recubre el término griego ethismós, de contenido algo vago, pues indica a la vez las instituciones políticas y las leyes y costumbres.
que los cartagineses salían sólo para pequeñas escaramuzas, los cónsules romanos dividieron su ejército en dos partes. Una quedó junto al templo de Asclepio, delante de la ciudad; la otra acampó en los distritos de ella orientados hacia Heraclea. Los romanos fortificaron el espacio intermedio entre sus dos campamentos, a ambos flancos de la ciudad, y por la parte interior trazaron un foso que les proporcionó seguridad contra los que salieran de la población; por la parte exterior abrieron un segundo foso que les resguardaba de los ataques procedentes de fuera, e interceptaba, además, la entrada en la ciudad de lo que habitualmente se introduce en las plazas asediadas. Los espacios vacíos entre los fosos y los campamentos, los ocuparon con puestos de guardia, tras fortificar, a distancias fijas, los lugares que eran estratégicos. Todos los demás aliados iban juntando para los romanos vituallas y el material restante, y lo transportaban a Hereso; personalmente desde esta ciudad, no muy distante, los romanos llevaban y traían sin cesar sus mercancías, y así, llegaron a disponer copiosamente de todo lo necesario. Cartagineses y romanos permanecieron unos cinco meses en la misma situación, sin lograr obtener unos encima de otros una ventaja decisiva, excepto las ocasiones que sucedieran en las propias escaramuzas. Pero los cartagineses llegaron a pasar hambre por el número de hombres encerrados en la ciudad, no menor a los cincuenta mil, y Aníbal, el general de las tropas sitiadas, ya en situación apurada, enviaba continuamente mensajes a Cartago que anunciaban tal circunstancia, y demandaban ayuda. Los cartagineses llenaron sus naves con los soldados y elementos que lograron reunir, y enviaron con las naves hacia Sicilia, a Hannón, el otro general, quien, tras concentrar en Heraclea los bagajes y las tropas, primero conquistó, tomándola por sorpresa, la ciudad de Hereso. Así privó a las legiones enemigas de los mercados y avituallamientos necesarios. Con ello ocurrió que, en realidad, los romanos fueron a la vez sitiadores y sitiados, y llegaron a tal punto de falta de alimentos y de escasez de lo necesario, que pensaron con frecuencia en levantar el asedio, cosa que habrían acabado haciendo si no hubiera sido porque Hierón puso todo su empeño y astucia en disponer para los romanos el avituallamiento adecuado y necesario.

Con todo ello, el ya citado Hannón se dio cuenta de que los romanos estaban debilitados por las enfermedades y por las privaciones, puesto que vivían en un ambiente pestilente; a sus tropas, en cambio, el cartaginés las creía en buena disposición para la batalla. Recogió sus elefantes, que eran unos cincuenta en número, y el resto de su ejército. Avanzó a toda prisa desde Heraclea; había ordenado previamente a la caballería númidas que avanzara por delante y, una vez cerca del atrincheramiento enemigo, lo hostiliara e intentara provocar a la caballería romana. Después volverían grupos y se replegarían hasta reunirse con él. Los númidas ejecutan estas órdenes y atacaron uno de los campamentos, pero los romanos hicieron al punto una salida con su caballería y acometieron con ardor a los númidas. Estos siguieron sus instruc-

---

53 Emplazado en lo que hoy es ya casco urbano de Agrigento, hacia la parte S. de la ciudad. Normalmente estas indicaciones vienen tomadas de Walbank, Commentary, ad loc.
54 Como buen conocedor de las tácticas bélicas, porque, en último término, Polibio era un militar profesional, él se complace una y otra vez, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de su obra, en la descripción minuciosa de los dispositivos de los ejércitos en los inicios de la batalla, y en el desarrollo de ésta, y también en la reseña detallada de las obras de fortificación o de técnicas de asedio.
55 Se ignora la localización de este topónimo.
ciones y se replegaron hasta reunirse con Hannón y sus hombres, pero luego se revolvieron, se desplegaron y atacaron al enemigo matándole muchos soldados y acosando al resto hasta el atrincheramiento. Realizado ya esto, los de Hannón acamparon encima de los romanos, a unos diez estadios de distancia de ellos, tras apoderarse de una colina llamada Toro 56. Y así estuvieron dos meses en esta situación, sin hacer nada decisivo, sino limitándose sólo a escaramuzas diarias.

Pero Aníbal transmitía señales de fuego 57, que hacía continuamente desde la ciudad, y enviaba constantes mensajes a Hannón advirtiéndole que la masa ya no podía soportar el hambre, y que muchos de los suyos, empujados por la necesidad, estaban desertando hacia el enemigo. El general cartaginés decidió arriesgarlo todo, y, por su parte, los romanos no estaban menos dispuestos por las causas ya señaladas. Los dos bandos, pues, sacaron sus tropas al lugar que separaba los campamentos y trábaron combate. La refriega duró largo tiempo, pero al final los romanos lograron poner en fuga a los mercenarios cartagineses que luchaban en vanguardia. Éstos mercenarios se precipitaron contra sus propios elefantes y contra las demás formaciones, que estaban situadas detrás, y entonces se produjo la confusión en el ejército entero de los cartagineses 58.

El repliegue fue general; la mayor parte de sus hombres sucumbió, y algunos consiguieron refugiarse en Heraclea. Los romanos se apoderaron de casi todos los elefantes y de la totalidad del equipo. Al llegar la noche, como los romanos, por la alegría del éxito, y también por la fatiga, descuidaron algo sus guardias, Aníbal, que desesperaba de su situación y estaba convencido, además, por lo que acabamos de decir, de que disponía de una buena ocasión para salvarse, hacía medianoche salió de la ciudad con sus fuerzas mercenarias. Había mandado rellenar los fosos con capazos repletos de paja, y sacó sin ningún riesgo a sus fuerzas sin que el enemigo se percatase. Al día siguiente los romanos se dieron cuenta de lo ocurrido, y después de establecer algún contacto con los de la retaguardia de Aníbal, se lanzaron en masa hacia las puertas. No tropezaron con ninguna resistencia, cayeron sobre la ciudad y la saquearon, hicieron gran número de prisioneros y se adueñaron de un gran y variado botín.

Llegó al Senado romano la noticia de los hechos de Agrigento, que suscitaban una gran alegría; las aspiraciones de los romanos fueron a más, y ya no se limitaron a lo que al principio habían calculado. No les pareció suficiente haber salvado a los mamertinos y el provecho que habían extraído de esta misma guerra 59. Tenían la esperanza de ser capaces de arrojar por completo a los cartagineses de Sicilia, y de que, logrado esto, sus intereses iban a experimentar un gran auge, y se dedicaron por entero a estos proyectos y a los planes que a ellos se referían. Veían que sus fuerzas terrestres progresaban razonablemente, puesto que los generales que habían nombrado, Lucio Valerio y Tito...

56 Otro topónimo imposible de localizar con seguridad; como sea, se trata de una loma no muy distante de la ciudad de Agrigento.

57 Polibio describe minuciosamente la ejecución de estas señales en X 43.45.

58 Aquí el texto griego pone exactamente «de los fenicios»: da el nombre de fenicios a los cartagineses, porque éstos, como es sabido, descendían de las colonias fenicias establecidas en el N. de África.

59 Para Polibio, la toma de Agrigento por los romanos es un momento muy importante en la historia de Roma, pues nos hace ver la posibilidad de expulsar a los cartagineses de la isla de Sicilia. Cf. Walbank, Commentary, ad loc.
Octacilio, para suceder a los que habían procedido al cerco de Agrigento, daban la impresión de tratar satis- factoriamente las acciones de Sicilia. Pero los cartagineses eran dueños absolutos del mar, y por esto la guerra, a los romanos, les resultaba indecisa. Si bien inmediatamente después, dueños ellos de Agrigento, muchas ciudades del interior se les pasaron, temerosas de las fuerzas de tierra romanas, un número todavía mayor de poblaciones costeras desertó de los romanos, por miedo a la flota cartaginesa. Por todo esto, los romanos veían cada vez más que la guerra se inclinaba ya hacia un lado, ya hacia el otro, y ello por las causas citadas. Veían, además, que las fuerzas navales cartaginesas devastaban con frecuencia Italia, y que África, finalmente, quedaba siempre indemne; por todo lo cual, se lanzaron al encuentro con los cartagineses también por mar. Y no es este detalle el que menos me ha empujado a confeccionar una memoria algo más prolija de la guerra en cuestión. Así no se desconocerá el origen, el cómo y el cuándo, y las causas por las que los romanos se lanzaron por primera vez al mar. Fue porque vieron que la guerra se les alargaba; entonces, y no antes, emprendieron la construcción de naves, de cien quinquerremes y de veinte trirremes. Pero como sus armadores no tenían

---

60 En este pasaje, Polibio parece contradecirse con sus afirmaciones hechas en III 25, donde dice que los romanos ya traficaban por mar. Sin embargo, la contradicción es más aparente que real: Polibio debe de referirse, en este lugar ahora anotado, a una flota estrictamente militar, de la que, con toda seguridad, los romanos no han dispuesto antes.

61 La forma y disposición de estos navíos de guerra no es algo tan decidido como algunos tratados de arqueología pueden hacer creer (véase Walbank, Commentary, ad loc.). Sin embargo, en líneas generales debe valer la descripción que de los buques de guerra griegos se da en R. Maisch, P. Pohlhammer, Instituciones griegas (traducción del alemán por Wilhelm Zotter).

la menor práctica en la armadura de quinquerremes, porque por aquel entonces ningún pueblo de Italia usaba de tales embarcaciones, esta parte de su programa les causó grandes dificultades. Por ellas principalmente se puede echar de ver el coraje y la audacia de la decisión tomada por los romanos, ya que sin tener, no ya unos recursos razonables, sino desprovistos en absoluto de ellos, sin haber tenido antes nunca un programa marítimo, sino pensando en él entonces por primera vez, emprendieron la cosa con tal arrojo que aun antes de adquirir experiencia en la materia, atacaron sin dilación a los cartagineses, quienes, recibido de sus antepasados, ejercían un dominio marítimo indisputado. Como prueba de la verdad de mis afirmaciones y de lo increíble de su atrevimiento puede servir esta consideración: cuando emprendieron por primera vez el transporte de sus fuerzas hacia Mesina, los romanos no disponían ni de una sola nave ponteada, ni tan siquiera de naves largas, ni aún de esquifes. Se sirvieron de quinquerremes y de trirremes...
mes de los tarentinos y de los locrios, e incluso de los éléatas y de los napolitanos, y en tales navíos transportaron temerariamente sus tropas. Y fue en esta ocasión, concretamente, cuando los cartagineses les atacaron en el estrecho, y una nave suya protegida por puente se acercó tanto, debido a su ardor, que encalló y cayó en manos de los romanos. La usaron como modelo, y según ella construyeron toda su escuadra. Si no hubiera ocurrido esto, es notorio que sus desconocimientos les hubieran frustrado enteramente la empresa.

Mas no fue así: mientras unos se preocupaban de la construcción de las naves y trabajaban en su puesta a punto, otros reclutaban sus dotaciones, y, en tierra, les enseñaban a remar del siguiente modo: hacían sentar en los bancos de remeros dispuestos en el suelo, a los hombres ordenados según luego estarían en los asientos de las naves, colocaban al cómitre en el centro, y habituaban a todos a echarse hacia atrás mientras movían los brazos hacia sí mismos y luego se inclinaban hacia delante extendiendo los brazos. Debian cesar o iniciar los movimientos según las instrucciones del cómitre. Cuando éstos estuvieron entrenados, al mismo tiempo que terminaban las naves, las botaron; se ejercitaron durante poco tiempo con maniobras reales en el mar; luego zarparon, bordeando la costa.

una embarcación más ancha y cubierta, adecuada para el transporte. Las naves largas, naves longae, son embarcaciones en general, con el único denominador común de no ser de guerra ni ponteadas; finalmente, los esquifes eran naves ligeras y descubiertas, aptas para el transporte a corta y a media distancia.

Todos los editores y traductores de Polibio tienen este episodio por un lugar común, una invención fantástica de la que echan mano varios historiadores, entre ellos el nuestro. Por lo demás, el episodio entraña una contradicción: los romanos habían cruzado anteriormente militarmente el estrecho de Mesina, I 16, 1.

italiana según las órdenes del cónsul. El almirante que los romanos habían nombrado para su fuerza marítima, Cneo Cornelio, pocos días antes había ordenado a los capitanes que, así que la flota estuviera dispuesta, zarparan con rumbo al estrecho; él personalmente se hizo a la mar con dieciséis naves y se adelantó hacia Mesina, con el afán de preparar lo que la escuadra necesitaba con más urgencia. En Mesina se le presentó una oportunidad de tomar la ciudad de Lipari, y él, con esta esperanza, mantenida con excesiva ligereza, fue navegando con las naves antedichas y fondeó frente a la ciudad. Aníbal, el general de los cartagineses, enterado de lo que había ocurrido en Palermo, envía a Boordes, un miembro del Senado cartagínés, con veinte naves. Boordes zarpa de noche y rodea en el puerto a los de Cneo. Al sobrevenir el día, forzó a las dotaciones romanas a huir hacia tierra, y Cneo, atónito, sin poder hacer nada, acabó por entregarse al enemigo. Los cartagineses, dueños de las embarcaciones y del almirante contrario, regresaron al punto hacia Aníbal. Y pocos días después, a pesar de haber sido tan claro y reciente el infortunio de Cneo, a punto estuvo el propio Aníbal de caer de plano en un error semejante. Efectivamente, enterado de que la escuadra romana, que costeaba Italia, estaba cerca, quiso averiguar el número y la disposición general del enemigo. Tomó cincuenta naves y se hizo a la mar. Dobló el cabo de Italia y cayó sobre el enemigo que navegaba en orden y en formación de batalla; perdió la mayoría de

63 En Cartago había dos consejos u órganos de gobierno, el senado propio y dicho, de cien miembros, llamado «consejo», dentro del cual actuaba otro organismo compuesto de treinta senadores llamado gerusa. Pero Polibio no respeta siempre esta terminología, y alguna vez aparece el término sanedrin sin referencia clara a uno de los dos organismos.
sus naves, y él logró escapar inesperadamente y contra toda lógica con las que le quedaron.

Después de todo esto los romanos, que se habían aproximado a las costas de Sicilia, enterados del desastre ocurrido a Cneo Cornelio, establecieron contacto inmediatamente con Cayo Duilio, jefe de las fuerzas de tierra, y le esperaron. Conocedores igualmente de que la escuadra cartaginesa estaba cerca, hicieron los preparativos para una batalla naval. Pero las naves romanas eran de construcción deficiente y muy poco marineras, por lo que alguien propuso a los romanos para el combate el uso de un ingenio, los llamados después «cuervos»\(^{65}\), cuya disposición era la siguiente:

estaba colocada de pie en las proas una viga cilíndrica, de cuatro brazas de longitud, de un diámetro de tres palmos. Este mástil tenía en su extremo superior una polea, y tenía además, adosada a él, una pasarela formada de tablas clavadas con clavijas transversales; esta


pasarela tenía cuatro pies de anchura y seis brazas de longitud. Estas tablas tenían un orificio longitudinal en el que se instalaba el poste, a dos brazas de la extremidad de la pasarela. Esta disponía de dos barandas, una a cada lado, a la altura de la rodilla, en toda su longitud. En el otro extremo de la pasarela se ajustaba una pieza parecida a un majadero de hierro, acabada en punta, que en su ápice tenía una argolla, de manera que el conjunto parecía un trillo de molienda. A esta argolla se sujetaba un cable, mediante el cual, en el abordaje de los navíos, se levantaban los cuervos por la polea del mástil y los soltaban contra la cubierta de la nave enemiga, unas veces por la proa, otras virando para hacer frente a los ataques que se producían por los flancos\(^{66}\). Cuando los cuervos conseguían aferrar las tablas de la cubierta y juntar así las dos naves, si éstas se embestían entre sí de flanco, los soldados saltaban por todas partes; si se había realizado por la proa, pasaban por parejas por el mismo cuervo. Los soldados que iban en cabeza protegían el frente descubierto de la tropa oponiendo sus escudos a los tiros enemigos; los que seguían aseguraban los flancos, apoyando sobre las barandas los bordes de sus ruedelas. Los romanos, pues, preparados de este modo, aguardaban el momento de una batalla naval.

\(^{66}\) Aquí, en el texto griego, me aparto de Bittner-Wobst, cuya lectura no parece dar sentido, y me inclino por la de Pédech, que incluye entre corchetes la preposición *katá* (dist. Paton, con resultado similar), como podrá ver el lector que consulte un texto griego. La traducción latina de Schweighäuser *circumacta navi* (= imprimiendo al navío un movimiento de rotación) no parece dar una interpretación correcta del texto; lo más natural es que, sobre la cubierta del buque gire el «cuervo» —si es que realmente existió— contra la nave que debe ser atacada. Pero Pédech se inclina por la interpretación de Schweighäuser (*Pédéch, Polybe*, I, ad loc., nota al pie de la página 48).
Cayo Duilio, así que tuvo noticia del revés sufrido por el almirante de la fuerza naval, confió el ejército de tierra a los tribunos y él se trasladó personalmente hasta la flota. Informado de que el enemigo talaba la región de Mileto, navegó hacia allí con toda su armada. Cuando los cartagineses lo observaron, se hicieron a la mar gozosos y a toda prisa, con ciento treinta naves. Despreciaban la inexperiencia de los romanos, y así navegaron de frente, enfilando las proas del enemigo, por considerar que el riesgo no merecía una formación, sino que pensaban dirigirse a un botín evidente. El mando lo ejercía Aníbal, aquel que había conseguido sacar de noche las fuerzas cartaginesas de Agrigento; tenía una heptera que había pertenecido al rey Pirro. A medida que se iban acercando, al ver los cuervos que se levantaban en las proas de cada nave, los cartagineses vacilaron algún tiempo, extrañados por la construcción de aquellos ingenios; pero al cabo desdeñaron al adversario, y las naves delanteras avanzaron audazmente para iniciar el ataque. Los barcos que trazaban combate quedaban firmemente enlazados por estos ingenios, los romanos pasaban inmediatamente a través del propio cuervo y entablaban batalla sobre las cubiertas. De los cartagineses, unos murieron, y el resto se entregó, atónitos ante lo ocurrido, pues la refriega acabó siendo casi como un combate en tierra. También por eso los cartagineses perdieron, con sus dotaciones, las treinta primeras naves que habían efectuado la embestida, entre las que se contaba la del propio almirante, Aníbal, que de manera extraña e inesperada logró huir en un bote. El resto de las naves cartaginesas navegaba de frente, como para el abordaje, pero cuando, en su aproximación, vieron lo ocurrido a las naves que les precedían, viraron y evitaron la acometida de aquellos ingenios. Confiados en la rapidez de sus naves, esperaban efectuar la acometida, sin riesgo, unos por los flancos, y otros, adelantándose, por la proa. Pero los ingenios se erguían frente a ellos por todas partes y se abatían todos a la vez, de manera que las naves que se acercaban se veían cogidas sin solución posible; al final, los cartagineses se retiraron y huyeron, estupefactos por la novedad de lo ocurrido y tras haber perdido cincuenta navíos.

La guerra entre los años 260-256

Contra lo que hubieran podido creer, los romanos habían visto coronadas por el éxito sus esperanzas navales, lo cual duplicó su ardor y su empuje en aquella guerra. Fue entonces cuando desembarcaron en Sicilia y rompieron el cerco de Egesta, cuyos habitantes estaban ya en situación extrema. Después de pasar Egesta y capturaron por la fuerza la ciudad de Macela.

Después de la batalla naval, Amílcar, el general de los cartagineses, nombrado jefe de las fuerzas de tierra, estaba en las proximidades de Palermo. Supo que en las legiones romanas había desavenencias entre los romanos y sus aliados, surgidas porque todos pretendían ocupar las primeras filas en las batallas. Informado también de que los aliados habían acampado en solitario entre Paropo y las termas de Himera, cayó...

---

67 La heptera es un navío con una sola hilera de remos, de siete remeros en cada uno.
por sorpresa sobre ellas con todas sus fuerzas cuando aún movían su campo, y mató casi cuatro mil hombres. Después de esta operación, Aníbal, con las naves que había conseguido salvar, zarpó hacia Cartago, y, transcurrido poco tiempo, levó anclas desde allí hacia Cerdeña; había tomado consigo más naves y algunos de los trierarcos más notables. No mucho más tarde los romanos, en Cerdeña, le encerraron en un puerto. Tras perder muchas naves, los cartagineses supervivientes le detuvieron al punto y le crucificaron. Pues los romanos, al tiempo de lanzarse al mar, al punto comenzaron a intervenir en los asuntos de Cerdeña.

En el año siguiente las legiones romanas de Sicilia no hicieron nada digno de mención; únicamente, por aquel entonces, tras recibir a sus nuevos comandantes recién nombrados, Aulo Atilio y Cayo Sulpicio, se lanzaron contra Palermo porque allí pasaban el invierno las tropas cartaginesas. Los cónsules se aproximaron a la ciudad con su ejército íntegro, y la formaron en orden de combate. Pero el enemigo no salió de la ciudad a su encuentro, y los romanos dirigieron entonces su arremetida contra la ciudad de Hipana, y en la primera embestida la tomaron por la fuerza. Conquistaron también Mitistrato, que resistió largo tiempo el asedio porque está situada en territorios muy abruptos. Se apoderaron, además, de la ciudad de Camarina, que no hacía mucho había desertado de ellos, aproximando al muro sus máquinas de guerra y derribándolos. Igualmente se adueñaron también de Enna y de otros muchos villorrios dominados por los cartagineses. Cuando hubieron culminado todo esto se dispusieron para el asedio de Lipari.

Al año siguiente, el general romano Cayo Atilio fundó frente a Tindáride y observó que la flota cartaginesa navegaba en desorden. Ordenó a sus propias dotaciones seguir a los cartagineses que iban delante, y él personalmente, con diez naves que le acompañaban en la navegación, se lanzó por delante de las otras. Al ver los cartagineses que parte del ejército enemigo estaba todavía embarcado, que parte había ya dejado el puerto, en tanto que los primeros estaban ya muy lejos de los suyos, dando media vuelta les atronaron, y consiguieron cercar a estas diez naves, y las destruyeron, a excepción de la del almirante, a la que poco faltó para que la aprisionaran con su dotación, pero esta embarcación destacaba por su cuerpo de remeros, y era además muy marinera, por lo que se salvó inopinadamente del peligro. El resto de las naves romanas, que había zarpado después, se concentró rápidamente. Formaron un frente y cargaron contra el adversario; aprisionaron diez naves con sus tripulaciones, y huyeron ocho más. El resto de la flota cartaginesa se retiró hacia las islas llamadas de Lipari.

Después de esta batalla naval, convencidos los dos bandos de que habían luchado con un riesgo sensiblemente igual, se dedicaron más de lleno a la organización de sus fuerzas marítimas y a organizar un programa naval. En este período las fuerzas de tierra no hicieron nada digno de mención, sino que pasaron el tiempo en pequeñas acciones ocasionales. Preparándose, como apunté, para el verano inmediato, los ro-

---

71 Hipana, ciudad hoy desaparecida, pero cuyas ruinas se han descubierto en unas excavaciones realizadas en el monte Cavalli, al O. de Palermo.

72 Mitistrato, población de Sicilia central, en el curso superior del río Hálico, llamada hoy Le Platani. Así PÉRECH, Polybe, I, ad loc., pero para WALBANK, Commentary, ad loc., esta localización no es segura. Wettatlas, I, la sitúa según PÉRECH (pág. 41).

73 El cabo Tindaro, al O. de Mesina, en la costa N. de Sicilia.
manos botaron trescientas naves largas ponteadas 74, y
tocaron tierra en Mesina. Zarparon de allí y navegaron
dejando Sicilia a su derecha, doblaron el cabo Pa-
quino 75 y pasaron de largo hacia Écnomo, porque
porque también el ejército romano de tierra estaba en aquella
misma región. Los cartagineses se hicieron a la mar
con trescientas cincuenta naves ponteadas. Primero se
detuvieron en Lilibeo 76, zarparon de allí y fondearon su
flota cerca de Heraclea de Minos.

El plan de los romanos consistía en navegar hacia África y desplazar la guerra allí; así, a los
cartagineses les peligraría no sólo Sicilia, sino también sus vidas y
su propio país. Los cartagineses habían decidido lo contrario, porque habían comprobado que África es
muy susceptible de ser atacada, y que toda la población de sus territorios se convierte en manejable una
vez éstos han sido invadidos. No podían, pues, diferir
la batalla, sino que tenían prisa por correr el riesgo
y presentar combate naval. La intención de unos era
obstruir el paso, y la de los otros la de forzarlo, lo
cual hacía palmario que el choque inminente surgiría
de tales voluntades contrapuestas. Los romanos orga-
nizaron sus preparativos para las dos eventualidades,
para una acción naval y para un desembarco en terri-
torio enemigo. Por eso escogieron la flor y nata de sus
fuerzas terrestres, y dividieron en cuatro cuerpos las
fuerzas que se disponían a utilizar. Cada cuerpo tuvo
una doble denominación, pues el primero se llamó
elegión primera» y «división naval primera», y así el
resto, por este orden. Y el cuarto adoptó todavía una
tercera denominación, pues sus soldados fueron llama-
dos «triarios», según el uso de las fuerzas terrestres 77.
En su conjunto, esta fuerza naval venía a contar con
unos ciento cuarenta mil hombres; cada nave estaba
tripulada por trescientos remeros y ciento veinte sol-
dados. Los cartagineses se prepararon principalmente, si no exclusivamente, para una acción naval. En número
rebasaban los ciento cincuenta mil hombres, número
deducido por el de sus naves. Por todo ello, no sólo

74 Se trata de otro tipo de nave, a sumar a las reseñadas
en notas anteriores.
75 Estamos en el año 256. El cabo Paquino es la punta SE.
de Sicilia. El monte Écnomo, citado a continuación es una
collina sobre la orilla derecha del río Himera (hoy río Salsu). Un
croquis del dispositivo de ambos bandos en la
batalla de Écnomo, con un comentario sobre los problemas
técnicos y de interpretación filológica, en WALBANK, Commentary,
ad loc. (el croquis, en la pág. 84). Hay que decir, en general,
que el comentario de Walbank anota y discute con gran preci-
sión, en todas las operaciones militares narradas por Polibio,
los efectivos combatientes, su ubicación en los terrenos, las rutas
de los ejércitos, etc., pero aquí, naturalmente, no podemos se-
guir sus exposiciones; por esta vez, sólo dejaremos constancia
de ellas.
76 Primera aparición de este topónimo, que desde ahora
jugará un papel muy importante en las primeras fases de la
historia de Polibio. En realidad, este topónimo se refiere al cabo
más occidental de Sicilia (hoy cabo Boco) y una población
que estaba en sus laderas (hoy Marsala). Generalmente, Polibio
da por conocida de sus lectores la duplicidad de esta referencia,
y escribe «Lilibeo» sin ulteriores precisiones, que deben suplirse
en cada caso por el que lea. Aquí, por ejemplo, se trata indis-
cutiblemente del cabo.
77 Una descripción detallada de la composición y configu-
раción del ejército romano la da el mismo Polibio en VI 21,
7-10. En realidad había sólo tres clases de tropas, velites, hastati
y principes; los triárri eran unas tropas, cuya denominación
señalada era popular y no oficial, pertenecientes a cualquiera
de los tipos aludidos, de hombres de más edad, o, al revés,
muy jóvenes, y, por consiguiente, poco experimentados. Pero la
organización del ejército romano no fue siempre la misma; léase
la entrada «armies, roman», en el The Oxford Classical Dictio-
nary, 2a ed., Londres, 1972, donde se da una historia suelta
de las distintas fases que en su organización tuvo el ejército
romano.
nave, y cuando éstas estuvieron colocadas también, la figura total de la formación resultó un triángulo. A continuación colocaron las naves encargadas del transporte de caballos, y las pusieron a remolque de las naves de la tercera formación. Y detrás de estos transportes establecieron aún una cuarta formación, la de los llamados triarios, que extendieron con una nave de fondo, de manera que rebasara por las dos alas las naves de ambas agrupaciones. Y una vez combinados todos según la manera indicada, la configuración total de aquella formación fue la de una cuña cuya parte superior era hueca y su base, en cambio, maciza. El conjunto resultó eficaz y práctico, y al mismo tiempo difícil de romper.

Por este mismo tiempo los comandantes de los cartagineses arreglaron brevemente a sus tropas, y tras señalar que si triunfaban en la batalla naval pelearían después en una guerra por Sicilia, pero que si perdían pondrían en peligro su propia patria y sus familiares, les ordenaron el embarque en las naves. Todos cumplieron las órdenes con celo, porque preveían el futuro por lo que se les había dicho, y se hicieron a la mar llenos de confianza y suficiencia. Al ver los almirantes cartagineses la formación del enemigo se acomodaron a ella; dispusieron las tres cuartas partes de su flota en una hilera de una sola nave de fondo, extendieron su flanco derecho hacia alta mar, con la idea de rodear al adversario, y situaron todas sus naves enfilando de proa al enemigo. La cuarta parte la colocaron a la izquierda de toda la formación, orientada en sentido oblicuo a la costa. Mandaba el ala derecha de los cartagineses Hannón, el derrotado en la lucha por Agri-

78 Otro tipo de navio no reseñado hasta ahora: se trata de una nave larga y ponteada, que tenía seis hombres en cada remo.

79 Cónsules en los años 256/255. El primero era consul sufectus, es decir, había sido nombrado consul por fallecimiento de su predecessor en pleno ejercicio de su cargo. Los cónsules eran importantes, y los años romanos se designaban por sus nombres. Eran dos, y durante el período de la república romana constituían la más alta y suprema magistratura política y militar. Al sobrevenir el imperio, perdieron sus prerrogativas políticas, pero conservaron íntegramente las militares, aunque a veces los emperadores prorrogaban ilegalmente sus mandatos (que seguían siendo anuales) o daban este cargo, por razones políticas o de amistad, a personas incapaces. El consulado como institución duró casi tanto como el imperio romano, pues desapareció en el año 534 de nuestra era.

80 Es claro que, en esta formación, las naves romanas no se oponían frontalmente a las cartaginesas.
HISTORIAS

gento; disponía de naves con espolón y de quinquerremes, más veloces para la maniobra de rebasar las alas enemigas. Al cuidado del ala izquierda estaba Amilcar, el que había combatido en la batalla naval de Tindáride, que, en esta ocasión, luego de entrar en combate en el centro de la formación, recurrió a la siguiente estrategia en el transcurso de la batalla. Como los romanos se apercibieron de que los cartagineses se habían desplegado en formación poco compacta, lanzaron su ataque por el centro; y así comenzó la batalla. Pero en seguida los cartagineses formados en el centro, según se les había ordenado, se retiraron huyendo, para quebrar así la formación romana. Se replegaron, pues, precipitadamente, y los romanos les acosaban con ardor.

De este modo las dos primeras formaciones se lanzaron en persecución de los fugitivos, y quedaron separadas de ellas las formaciones tercera y cuarta que remolcaban las naves del transporte de caballos, y las de los triarios, que permaneció con ellas para protegerlas. Cuando los cartagineses creyeron que las dos agrupaciones primeras se habían alejado lo suficiente de las otras, a una señal dada desde la nave de Amilcar, todos se revolvieron a la vez y trazaron combate contra los atacantes. En el violento combate que se entabló los cartagineses llevaban la mejor parte, porque gracias a la rapidez de las evoluciones de sus naves atacaban fácilmente y se retiraban a toda velocidad.

Pero por la energía que ponían en el combate, por el hecho de haber amarrado, con sus cuervos, las naves cartaginesas que se les aproximaban, y al mismo tiempo porque luchaban con ellos ambos generales, a cuya vista entraban en liza los soldados, los romanos gozaban de esperanzas en nada inferiores a las de sus oponentes. Tal era el desarrollo de la batalla en esta zona.

Entretanto Hannón, que mandaba el ala derecha y que en el primer momento del choque se había man
tenido a distancia, pasó al mar abierto y arremetió contra las naves de los triarios, a las que puso en grave situación y aprieto. Los cartagineses que se habían alineado paralelamente a la costa modificaron su alineación anterior y formaron frontalmente, orientaron sus proas contra el enemigo y atacaron a las naves que remolcaban los transportes de caballería; estas cortaron las amarras, aceptaron el combate y peleaban contra el adversario. En su conjunto, el choque presentaba tres frentes, y se desarrollaban tres combates navales muy separados entre sí por lo que al lugar se refiere. Al inicio del encuentro las fuerzas de ambos bandos eran muy igualadas, lo que hacía el choque indeciso. Sin embargo, el desenlace de esta batalla fue el más razonable en cada frente, como es natural en todos los casos en que los efectivos de los que luchan son muy igualados: los que iniciaron el combate señalaron ya su desenlace. Los hombres de Amilcar, efectivamente, acabaron por verse rechazados y se lanzaron a la fuga. Lucio Manlio iba amarrando las naves apresadas, y 7 Marco Régulo, que veía la lucha entablada en torno a los triarios y a los transportes de caballos, se lanzó con gran empeño a ayudarles con las naves que todavía estaban intactas de la segunda formación. Estableció contacto y trabajó combate allí mismo con los hombres de Hannón. Los triarios se rehicieron rápidamente, a pesar de que ya escapaban vergonzosamente, y redoblaron su coraje en la batalla. Los cartagineses se vieron atacados por los que tenían delante, y asaltados además por la espalda, con lo que se vieron en apuros. Rodeados inesperadamente por aquellos romanos que acudían en socorro de los suyos, se retiraron y se replegaron

---

28 Aquí el texto griego presenta dificultades, que se pueden ver en cualquier edición crítica; la traducción es según la lectura de Büttner-Wobst.
a alta mar. En aquel mismo momento Lucio Manlio ya navegaba de regreso y, además, veía que la tercera agrupación romana se veía asediada contra la costa por el ala izquierda de los cartagineses; Marco Régulo, por su parte, había dejado ya en seguridad a los triarios y a los transportes de caballos. Ambos se lanzaron a prestar socorro a los que corrían peligro. Lo que pasaba se parecía a un asedio; y los romanos habrían sucumbido con seguridad desde mucho tiempo antes si no hubiera sido porque los cartagineses, temerosos ante los cuervos, se habían limitado a mantener a los romanos junto a la costa cogidos por una barrera pero sin atacar y abordar sus barcos por miedo a quedar trabados. Los generales romanos acudieron al instante, cercaron a los cartagineses y apresaron cincuenta naves enemigas con sus dotaciones; unas pocas naves lograron escapar escurriéndose junto a la costa. El choque, en sus partes, tuvo la disposición descrita; el fin del combate naval se inclinó a favor de los romanos, que perdieron veinticuatro naves, por más de treinta los cartagineses. Ninguna nave romana cayó en manos de éstos con su dotación; en cambio, a la inversa, se senta y cuatro de los cartagineses cayeron en poder de los romanos.

Después de este triunfo los romanos completaron su avituallamiento, repararon las naves capturadas al enemigo, prodigaron a las dotaciones los cuidados merecidos por su victoria y se hicieron a la mar con rumbo hacia África. Las naves que singlaban a vanguardia tocaron el cabo llamado de Hermeo, que está situado delante del golfo de Cartago, y que se adentra en el mar en dirección a Sicilia. Allí esperaron a las restantes, que les seguían detrás. Los cónsules concentraron toda la flota y navegaron a lo largo del país, hasta llegar a la ciudad llamada Aspide. Allí desembarcaron, vararon en tierra las naves, las rodearon con un fosos y una trinchera, y se dispusieron a asediar a la ciudad, que sus gobernantes se habían negado a entregársela voluntariamente. Los cartagineses supervivientes del desastre naval navegaban de regreso, y seguros de que el enemigo, crecido por el éxito logrado, iba a navegar en seguida contra la propia Cartago, vigilaban con sus fuerzas terrestres y marítimas los lugares cercanos a la ciudad. Enterados de que los romanos habían desembarcado sin encontrar resistencia, y de que asediaban Aspide, renunciaron a vigilar un posible ataque por mar, reunieron sus fuerzas y se dedicaron a proteger la ciudad y el país. Los romanos se apoderaron de Aspide, dejaron una guarnición en la plaza y en el territorio, y enviaron mensajeros a Roma que dieran noticia de lo ocurrido y pidieran instrucciones sobre qué debía hacerse en el futuro, cómo debían emprenderse las operaciones. Tras ello levant-

---

83 Es evidente que aquí Polibio afirma que los romanos no utilizaron los «cuervos» o artíluguos descritos en I 22. Esto parece confirmar la teoría expuesta allí por WALKER, Commentary, ad loc., de que su uso por los romanos fue un mito, o, en caso contrario, creyeron que su uso les era más desventajoso que positivo.

84 Indudablemente son los cónsules, pero Polibio les llama a veces, «generales».

85 Esta referencia es a las naves hundidas; la siguiente es a las naves apresadas.

86 Actualmente el cabo Bon, al NO. de Túnez (y de la antigua Cartago).

87 Aspis, la llamada por los romanos Clupea, un poco al S. del cabo Hermeo, fue para los romanos magnífica base de operaciones.
taron con diligencia el campo y con todas sus tropas 7 se lanzaron a devastar el país. No surgió nadie para impedírselo, y ellos derribaron muchas quintas lujosamente edificadas, se apoderaron de un botín cuantiosísimo de cuadrúpedos, y condujeron a sus naves más de veinte mil esclavos. Entonces llegaron de Roma unos mensajeros que expusieron que uno de los cónsules debía permanecer con tropas suficientes, mientras que el otro debía reintegrar la flota a Roma. Y se quedó Marco Régulo, al que confiaron cuarenta naves, quince mil soldados de a pie y quinientos de a caballo. Lucio Manlio recogió las tripulaciones y la gran masa de prisioneros, costeó Sicilia con toda seguridad y se presentó en Roma.

Los cartagineses, al ver que los preparativos del enemigo duraba bastante tiempo, primero eligieron de entre ellos a dos generales, Asdrúbal 88, hijo de Hannón, y Bóstar; después enviaron legados a Amílcar 89, que se encontraba en Heraclea, que le llamaran a toda prisa. Amílcar recogió quinientos jinetes y cinco mil soldados de a pie, y se presentó en Cartago. Fue nombrado tercer general, y deliberó con Asdrúbal sobre lo que cabía hacer en aquellas circunstancias. Acordaron defender su territorio y no permitir que fuera devastado impunemente. Marco Régulo ya hacía bastantes días que andaba en correrías, saqueando las ciudades no amuralladas según entraba en ellas, y asediando a las amuralladas. Al llegar a Adi 90, población de cierta importancia, acampó en sus cercanías y emprendió con suma diligencia los trabajos de asedio. Los cartagineses, presurosos por prestar socorro a la ciudad, decidieron disputar el campo abierto, por lo que sacaron a sus tropas de la población y ocuparon una colina que dominaba, ciertamente, al enemigo, pero que resultaba inaccesible a sus fuerzas, y acamparon en ella. Además, como habían depositado sus principales esperanzas en su caballería y en sus elefantes, al abandonar las llanuras para encerrarse a sí mismos en lugares escarpados y poco transitables, no iban a hacer otra cosa más que enseñar a los enemigos cómo debían actuar contra ellos. Que fue lo que realmente ocurrió. Los 9 jefes romanos, efectivamente, con su experiencia se dieron cuenta de que, debido a aquellos parajes, los elementos más eficaces y temibles del enemigo se habían convertido en inútiles, y así no aguardaron a que los cartagineses descendieran hasta la llanura y formaran en ella. Aprovecharon su propia oportunidad, y a las primeras luces escalaron la colina por ambas laderas. A los cartagineses los caballos y los elefantes 11 les fueron totalmente inservibles. Sus mercenarios acudieron en su ayuda con empeño y valor, y lograron rechazar y poner en fuga a la primera legión romana, que se replegó. Pero cuando avanzaron para caer sobre ellos, se vieron rodeados por los romanos, que escalaban la otra ladera, por lo que retrocedieron, y, a continuación, todos los cartagineses huyeron al punto del campamento. Los elefantes y la caballería en cuanto 12 alcanzaron la llanura se retiraron sin peligro de ninguna clase. Los romanos persiguieron a la infantería 14

88 Los nombres cartagineses se repiten mucho, y por eso hay que precisar siempre de quién se trata. Este Asdrúbal no tiene nada que ver con el que, principalmente en el libro III de Polibio, actúa en España y en Italia; el citado ahora será enviado, más tarde, a Sicilia (en los años 255/254, y hará su última aparición vinculado por el cónsul Cecilio ante los muros de Paíermo, aunque allí no muere ejecutado, como indica WALBANK. Commentary, pág. 89.
89 Este Amílcar es el mismo de I 24, 3.
90 La identificación de este topónimo es dudosa. Quizás sea la actual Ouchna, la Utina de los romanos, a 25 km. al S. de Túnez.
breve trecho, y tras destruir la trinchera del campamento cartaginés, recorrieron todo el país e iban devastando impunemente las ciudades. Tras adecentarse de la ciudad que se llama Túnez, población muy estratégica para proyectar ataques, y situada también muy favorablemente contra Cartago y su comarca, acamparon en sus proximidades.

Los cartagineses, derrotados poco antes por mar y ahora por tierra, no por culpa de cobardía en sus tropas, sino por la incapacidad de sus jefes, cayeron en una situación difícil desde todos los puntos de vista. En efecto, a lo ya dicho se sumaba que se veían atacados por tribus nómadas, que causaron a sus tierras daños no inferiores, sino superiores a los que les habían causado los propios romanos. Los que por miedo huían del campo a la ciudad causaron en ella un hambre atroz y un desánimo grande, en parte porque eran muchos, y en parte también ante la perspectiva de un asedio. Marco Régulo, por un lado, veía a los cartagineses derrotados por tierra y por mar, y pensaba que no le faltaba mucho para apoderarse de su ciudad, pero por otro, se temía que el nuevo general mandado desde Roma llegara demasiado pronto, y así fuera él quien recogiera el honor de la campaña. Entonces invitó a los cartagineses a concluir una paz. Estos atendieron gustosamente su invitación y le enviaron a sus prohombres, que, una vez se reunieron con el cónsul romano, distaron tanto de inclinarse a hacer nada de lo que se les proponía, que ni tan siquiera consintieron en escuchar unas exigencias tan gravosas. En efecto: Marco Régulo, como si su victoria fuera ya total, creía que los cartagineses debían aceptar todo lo que él les concediera como simple gracia y favor. Pero los cartagineses consideraron que aun cuando llegaran a verse sometidos, no se seguiría de ello nada más duro que las imposiciones de entonces. De modo que se retiraron

Por aquel entonces navegó hacia Cartago un reclutador de mercenarios, uno de aquellos que habían sido enviados antes a Grecia; llevaba consigo [a la ciudad cartaginesa] un gran número de soldados, entre los cuales estaba un cierto Jantipo, lacedemonio, individuo que había recibido una formación espartana y la experiencia militar correspondiente. Al enterarse de que la derrota sucedida, del cómo y del cuándo se produjo, después que vio lo que quedaba de los preparativos de los cartagineses, así como la cantidad de caballos y de elefantes, hizo al punto sus cuentas y demostró a sus amigos que los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos, sino por la impericia de sus generales. Las circunstancias hicieron que las palabras de Jantipo llegaran pronto a las tropas y a los generales mismos. Los gobernantes decidieron llamarle para hacer una prueba con él. Jantipo visitó a los magistrados y les expuso sus argumentos: por qué habían fracasado ahora, y cómo, si le hacían caso y utilizaban las llanuras en sus marchas, en sus acampadas y en sus confrontaciones, podrían procurarse seguridad fácilmente y derrotar al enemigo. Los
generales aceptaron aquellas palabras, y convencidos, al punto le confiaron el mando de sus fuerzas.

Según se iba divulgando esta opinión de Jantipo, se producían en el pueblo rumores y conversaciones llenas de esperanza. Y cuando sacó el ejército delante de la ciudad y lo dispuso en orden, y empezó a hacer maniobrar a la formación, a transmitir órdenes según las reglas militares, evidenció una diferencia tan enorme respecto a la impericia de los generales anteriores, que el gentío aplaudió y clamaba que se apresurara al máximo el choque contra el enemigo, convencido de que nada malo ocurriría si mandaba Jantipo. Ante esto los generales, al comprobar que, de forma inesperada, la masa había recobrado la moral, la exhortaron en términos adecuados a aquella oportunidad, y al cabo de pocos días reunió a las tropas y salieron en campaña. Su ejército se componía de doce mil soldados de infantería y de cuatro mil jinetes. El número de elefantes se aproximaba al centenar.

Los romanos, al ver que los cartagineses hacían marchas por lugares llanos y que establecían sus campamentos en parajes abiertos, estaban extrañados y confundidos por el hecho en sí; sin embargo, se dieron prisa por aproximarse al enemigo. Tomaron contacto con él, y el primer día acamparon a unos diez estadios de distancia de los enemigos. Al día siguiente, los jefes de los cartagineses deliberaron sobre las medidas a tomar en aquellas circunstancias, mientras que los soldados, ansiosos por combatir, formaban coros, gritaban el nombre de Jantipo y creían que se les debía sacar al punto. Los generales, al ver el ardor y el empuje de la tropa, y cómo, además, Jantipo les advertía con juramentos que no dejaran pasar aquella oportunidad, ordenaron a los soldados prepararse y autorizaron a Jantipo para que dispusiera las operaciones como le pareciera conveniente. Con este permiso, Jantipo hizo salir a los elefantes y los dispuso en hilera de a uno al frente de toda la fuerza; colocó detrás, a una distancia prudente de ellos, la falange cartaginesa. Situó a unos mercenarios en el ala derecha, y a los más ligeros los colocó en la vanguardia de ambas alas, junto con los jinetes. Los romanos, cuando vieron al enemigo en formación, le salieron animosamente al encuentro. Temiendo y previendo la carga de los elefantes, colocaron a los vélices en vanguardia, y detrás situaron muchos manipulos de fondo; en cuanto a la caballería, la distribuyeron en ambas alas. Al adoptar una formación general más estrecha que antes, pero más profunda, habían intuido con acierto su lucha contra los elefantes, pero fallaron totalmente en sus cálculos contra la caballería cartaginesa, muy superior a la romana. Cuando ambos bandos hubieron dispuesto la formación conforme a sus planes, tanto en su conjunto como en todas sus partes, aguardaron en orden vigilando el momento de la arremetida.

92 Hay que completar lo dicho en la nota 64, en el sentido de que lo que allí se precisa es el ejercicio del poder civil, pero además hay un estamento aristocrático, en Cartago, que ejercita funciones estrictamente militares, si bien supeditados al poder civil. Los representantes más característicos de este estamento militar son los generales.
En el instante en que Jantipo ordenó a los conductores de los elefantes avanzar y romper las filas enemigas, y a la caballería rodear al adversario por las dos alas y atacar, entonces el ejército romano comenzó a entrebocar sus armas, según es uso entre ellos, y tras lanzar el grito de guerra se lanzó contra los enemigos. Pero la caballería romana huyó en seguida de ambas alas, porque la cartaginesa era muy superior en número. En cuanto a la infantería, los acometidos en el ala izquierda esquivaron la acometida de las bestias y, llenos de menoscabo por los mercenarios, embistieron el ala derecha de los cartagineses, a los que, después de forzarles a la huida, acosaron y persiguieron hasta su trincheras. En cuanto a los que se oponían directamente a los elefantes, los primeros cayeron ante la violencia de las bestias, y rechazados y pisoteados, pericieron a montones ante aquella fuerza descomunal; sin embargo, gracias a la profundidad de las líneas que estaban detrás, la formación resistió compacta en su conjunto, un cierto tiempo. Pero, cuando los que ocupaban las últimas filas, rodeados por todas partes por la caballería, se vieron forzados a revolverse y a luchar contra ésta, y cuando los que intentaban abrirse paso hacia adelante a través de los elefantes y se reagrupaban en la formación, a la espalda y de las bestias, chocaron con la falange cartaginesa todavía ordenada e intacta, fueron aniquilados. Entonces, puestos en aprieto por todas partes, los romanos fueron en su mayoría pisoteados por la fuerza extraordinaria de las fieras; el resto fue acribillado, en el mismo lugar de la formación, por la gran masa de jinetes; unos pocos, finalmente, lograron darse a la fuga. Pero como huían por lugares llanos, también de éstos unos murieron ante las fieras o a manos de la caballería cartaginesa, y quinientos aproximadamente que huyan con su general, el cónsul Marco Régulo, cayeron poco después en manos del enemigo, y fueron capturados vivos todos, incluso el propio cónsul. Allí murieron unos ochocientos mercenarios cartagineses, los alineados contra el ala izquierda de los romanos. De éstos se salvaron unos dos mil, a quienes no alcanzó la persecución efectuada por los que hemos citado; éstos quedaron a salvo del peligro. Pero la masa restante del ejército romano perdió, a excepción de Marco Régulo, el cónsul, y lo que huyan con él. Los manípulos romanos que se salvaron consiguieron llegar, por un golpe de suerte, a Aspide. Los cartagineses, tras despajar a los cadáveres, se llevaron al general junto con los prisioneros y se retiraron a su ciudad, exultantes de gozo por los hechos entonces acaecidos.

Quien considere correctamente este episodio puede deducir de él muchas cosas que contribuirán a corregir la vida de los hombres. Por lo ocurrido al cónsul Marco Régulo se hizo evidente a todos que se debe desconfiar de la Fortuna, sobre todo en los éxitos. El hombre que poco antes no sentía ni compasión ni misericordia para con los vencidos, un momento después se vio obligado a pedirles su propia salvación personal. Aquella sentencia de Eurípides, que ya antigua...

---

95. Esto es típicamente polibiano, un ejemplo del uso moral de la historia; Marco Régulo, que poco antes había exigido condiciones durísima a los cartagineses para un pacto, ahora se ve ante la humillación de la derrota. No debemos jactarnos de nuestros éxitos, pues, incluso inesperadamente, el fracaso está a la puerta de la esquina. No estamos lejos del pensamiento estoico. Por lo demás, en la antigüedad, de este Marco Régulo corrió ampliamente una noticia sin ningún viso de verosimilitud: se decía que los cartagineses le permitieron trasladarse a Roma para presentar al senado romano las condiciones cartaginesas de paz; si éstas eran rechazadas, él debía regresar a Cartago para ser ejecutado. Pero esta leyenda en tiempos de Polibio no existía aún, pues es indudable que nuestro autor la hubiera recogido como historia, principalmente si se piensa en el carácter didáctico de este pasaje.
mente parecía muy sabiamente formulada, de que «una decisión sabia vence las manos de muchos»
5 se vio confirmada por los hechos. Un solo hombre y una sola inteligencia aniquilaron a una muchedumbre que parecía invencible y aguerrida, y levantaron al máximo un estado totalmente caído, y los ánimos de unos soldados que ya se habían resignado al dolor.
6 He recordado esto para que aproveche a los que lean libros de historia. Todos los hombres disponen de dos métodos para perfeccionarse: o bien mediante lo que les ocurre a ellos mismos, o mediante lo que ocurre a los demás. El método más eficaz es el de las peripecias personales, pero el más inofensivo el de las ajenas. Por eso, el primero no debe ser elegido voluntariamente jamás, puesto que logra la corrección a base de grandes sufrimientos y peligros; hay que perseguir siempre el otro, porque en él es posible ver lo mejor sin sufrir daño. Quien considere este asunto desde esta perspectiva deberá juzgar que la mejor educación para las realidades de la vida es la experiencia que resulta de la historia política: ella es lo único que, sin causar perjuicio, produce en toda situación y circunstancia jueces correctos de lo mejor. Y baste con lo dicho hasta aquí acerca de este tema.

36 Los cartagineses, a quienes todo había resultado conforme a sus planes, no hubo exageración que omitieran en su gozo, ni en la acción de gracias a la divinidad ni en las demostraciones de mutua amistad. Y Jantipo, que había proporcionado tan gran contribución y esfuerzo a la causa de los cartagineses, no mucho tiempo después embarcó y se marchó. Su decisión fue razonable y prudente, porque las acciones notables e inesperadas engendran profundas envidias y punzantes calumnias, que los nativos, ciertamente, son capaces de soportar porque tienen parientes y muchos amigos. Pero los extranjeros se ven pronto abrumados por unas y otras, e incurrren en peligros. Hay también otra explicación acerca de la marcha de Jantipo, que intentaremos exponer en detalle cuando tengamos una oportunidad más adecuada que la presente.

Los romanos, cuando se les anunció lo que en África había sucedido tan inesperadamente, se dedicaron al punto a reponer su flota y a recoger a los soldados que habían podido salvarse en África. Después de esto, los cartagineses acamparon junto a Aspide y la asediaron, con el propósito de apoderarse de los hombres que habían logrado escapar de la batalla, pero no pudiendo tomarla en modo alguno por el coraje y la audacia de aquellos romanos, acabaron por desistir del cerco. Entonces les llegó la noticia de que los romanos disponían su flota y de que estaban a punto de realizar otra vez una navegación hacia África. Unos cartagineses, pues, se pusieron a reparar naves, mientras que otros construían embarcaciones totalmente nuevas. Do- taron rápidamente doscientas, con las que zarparon para vigilar la incursión del enemigo. Al comienzo del verano los romanos botaron trescientos cincuenta bajeles, nombrando comandante a Marco Emilio y Servio Fulvio, y les ordenaron zarpar. Ellos se hicieron a la vela, y navegaron costeando Sicilia, con la intención de dirigirse a África. No lejos del cabo Hermea se tropezaron con la flota cartaginesa, las pusieron fácilmente en fuga a la primera arremetida y apresaron

97 Esta segunda explicación de la marcha de Jantipo de Cartago no se encuentra en ninguna parte de la obra que nos queda de Polibio.
98 Del año 255 a. C.
ciento catorce naves con sus tripulaciones. Recogieron de Aspide a los jóvenes que habían permanecido en África y pusieron de nuevo rumbo hacia Sicilia.

Ya habían cruzado sin riesgos el estrecho 99 y se acercaban al país de los camarinenses, cuando se abrieron sobre ellos un temporal tan fuerte y unas calamidades tales, que no se alcanzaban a describir adecuadamente, a causa de la magnitud de lo sucedido. De las trescientas sesenta y cuatro 100 naves sólo se salvaron ochenta. En cuanto al resto, unas naufragaron, y otras, estrelladas por el mar embravecido contra los bajos y los promontorios, llenaron la costa de astillas y de cadáveres. La historia no constata una catástrofe marítima mayor que ésta, ocurrida de una sola vez. Pero la culpa debe atribuirse no tanto a la Fortuna como a los comandantes. Los pilotos, en efecto, habían aducido muchas pruebas de que no se debe navegar a lo largo de la costa de Sicilia bañada por el mar africano, porque allí está llena de acantilados y carece de buenos fondeaderos. Además, la navegación se efectuaba entre las subidas de Orión y del Perro 101, es decir, todavía no había desaparecido una constelación y ya se elevaba la siguiente. Pero los jefes no repararon en nada de lo que se les advertía, y salieron de alta mar: con la exhibición del éxito conseguido querían intimidar a algunas de las ciudades situadas a lo largo de su derrotero, y así hacérselas suyas. Pero por unas pequeñas esperanzas tropezaron con catástrofes enormes. Entonces los jefes romanos reconocieron su ignorancia.

En general, los romanos utilizaban la violencia para todo, creídos de que sus propósitos deben forzosamente llevarse a cabo, y de que nada es imposible para ellos una vez lo han acordado. En muchas empresas tienen éxito debido a este arrojo, pero en otras fracasan claramente, principalmente en lo tocante al mar. En tierra realizan sus empresas contra hombres y contra obras de hombres, y logran coronar muchas de ellas debido a que utilizan su fuerza contra semejantes; con todo, alguna vez también ven sus acciones frustradas. Pero cuando se lanzan a luchar con el mar y los elementos y los violentan, caen en los mayores desastres. Lo cual ya muchas veces, y entonces en particular, les ocurrió, y les ocurrirá hasta que lleguen a corregirse de su violencia y de la audacia que les lleva a creer que ellos en cualquier época pueden correr y navegar por todas partes 102.

Enterados los cartagineses del desastre de la armada romana, y creyendo que infundían respeto por tierra a causa de su éxito anterior, y por mar, debido al mencionado desastre de los romanos, se dedicaron con más afán a sus preparativos terrestres y marítimos. Enviaron inmediatamente a Asdrúbal 103 a Sicilia, confiándole las tropas que ya tenía y las que acababan de llegar de Hérculea, y, con todas ellas, ciento cuarenta elefantes. Le enviaron, pues, y a continuación 3

99 La palabra griega correspondiente significa, efectivamente, estrecho, pero la expresión es excesiva: se refiere al mar que separa Sicilia de África.
100 El número de naves que aquí indica Polibio ya no resulta exacto: las trescientas cincuenta equipadas por los romanos y las ciento catorce capturadas a los cartagineses arrojan un total de cuatrocientas sesenta y cuatro embarcaciones. Al ser el error de cien naves justas, es posible una equivocación en la tradición manuscrita griega.
101 El Perro es una constelación que aparece en nuestro cielo durante el verano, hacia el mes de julio; la estrella Sirio forma parte de ella; Orión, en cambio, aparece a principios de invierno, de modo que la navegación romana fue hacia el otoño.
102 Otro pasaje diríamos didáctico de Polibio, en el que parece haber cierta influencia estoica.
103 Se trata de Asdrúbal, hijo de Hannón (I 30, 1).
equiparon doscientas naves, y dispusieron todo lo que, además, se precisa para una navegación. Asdrúbal navegó sin ningún riesgo hasta Lilibeo, donde entrenó a sus tropas y a los elefantes. Era evidente que se proponía disputar el campo abierto. Los romanos se enteraron con detalle de lo ocurrido por los supervivientes del naufragio, y quedaron muy dolidos, pero, como no querían ceder de ningún modo, decidieron construir otra vez, con las maderas astilladas, ciento veinte naves. Las acabaron totalmente en tres meses, lo cual apenas si es creíble. Entonces los que habían sido nombrados comandantes, Aulo Atilio y Cneo Cornelio, dispusieron la flota y zarparon. Cruzaron el estrecho, recogieron en Mesina los buques salvados del naufragio, y con trescientas naves pusieron rumbo hacia el puerto de Palermo, ciudad de Sicilia que era la plaza más fuerte del dominio cartaginés. Y emprendieron su asedio. Concentraron sus trabajos en dos lugares, y tras disponer todo lo restante, aproxi-maron las máquinas de guerra. Una torre que estaba junto al mar cayó fácilmente y los soldados romanos forzaron esta posición, tomaron por la fuerza la llamada Ciudad Nueva y, como al ocurrir esto peligraba ya la llamada Ciudad Antigua, sus habitantes la rindieron inmediatamente. Una vez dueños de ella, los romanos zarparon de regreso a Roma, tras dejar una guarnición en la ciudad.

A continuación, al llegar el verano, los cónsules nombrados, Cneo Servilio y Cayo Sempronio, zarparon con toda la flota, pusieron rumbo a Sicilia y desde ella se dirigieron a África. Fueron navegando a lo largo de la costa y efectuaron muchísimos desembarcos, en los que no lograron nada digno de ser tenido en cuenta. Y llegaron a la isla de los lotófagos, llamada Meninge, no lejos de la pequeña Sirte. Allí, desconoce-dores del lugar, cayeron en unos bajos, sobrevino la marea baja, los barcos encallaron y se vieron en un gran apuro. Pero después de algún tiempo el mar creció de una manera totalmente inesperada. Los romanos arrojaron toda la carga y a duras penas lograron aligerar las naves. Tras esta operación zarparon de une manera muy parecida a una fuga. Tocaron Sicilia, doblaron Lilibeo y fondearon en Palermo. Desde allí navegaron temerariamente por alta mar, hacia Roma, y sufrieron de nuevo una tempestad tan enorme que perdieron más de ciento cincuenta naves.

Los de Roma, a la vista de todo esto, a pesar de que en cualquier empresa eran excepcionalmente celosos de su prestigio, entonces, por la enormidad y la frecuencia de las calamidades, renunciaron a reunir otra escuadra, forzados por las circunstancias. Depo-sitaron las esperanzas que les quedaban en sus fuerzas de infantería, y enviaron a Sicilia a los cónsules Lucio Cecilio y Cayo Furio con las legiones. Equiparon úni-camente sesenta naves para transportar los viveres a las legiones. Las peripécias mencionadas de los romanos convirtieron en más esclarecidas las gestas de los cartagineses: en efecto, dominaban sin temor el mar, ahora que los romanos se habían retirado de él, y tenían grandes esperanzas en sus fuerzas de tierra. Y era razonable que sintieran así, pues los romanos, es-parcida la fama de que en la batalla de África los ele-fantes habían roto sus filas y habían liquidado a la mayoría de sus hombres, estaban tan aterrorizados...

104 Aquí se trata de la ciudad. Es evidente que el general cartaginés llegó allí, desembarcó y entrenó a sus tropas.
105 Desde la pérdida de Agrigento. Cf. I 17, 5.
106 Estamos en el año 253/2.
107 Actualmente la isla de Djerba, donde Homero coloca a los legendarios lotófagos (Odisea IX 82-104). Esta isla no está lejos de la costa de Túnez. Otros identificaban Meninx con la pequeña Sirte.
ante estas bestias, que en los dos años siguientes a estas acciones, cuando estaban ya alineados frente al enemigo en la región de Lilibeo o en la de Selinunte, a cinco o seis estadios de él, no se atrevieron jamás a iniciar la batalla ni a descendern a lugares llanos, temerosos de la acometida de los elefantes. Durante este período sólo tomaron, tras asediálas, a Termo y Lípari, manteniéndose en parajes montañosos y poco accesibles. Por ello, al ver los romanos el abatimiento y el terror de sus ejércitos de tierra, cambiaron de parecer y resolvieron probar suerte en el mar. Eligieron cónsules a Cayo Atilio y a Lucio Manlio, construyeron cincuenta naves, enrrolleron dotaciones y concentraron una escuadra, desplegando gran actividad.

Asdrúbal, el jefe de los cartagineses, había notado, en las confrontaciones anteriores, la desmoralización de los romanos. Sabedor de que uno de los cónsules había regresado a Italia con la mitad de las fuerzas, y de que Cecilio continuaba en Palermo con la otra para proteger las cosechas de los aliados, pues ya era el tiempo de la recolección, recogió a las tropas de Lilibeo, avanzó y acampó junto a los límites del territorio de Palermo. Cecilio le vio confiado, y quiso provo-

---

108 Las termas de Hímera, llamadas hoy Termini, en la costa N. de Sicilia.
109 La traducción estrictamente literal del texto griego es «nombraron generales», pero Walbank indica expresamente que la expresión griega significa aquí, simplemente, «eligieron cónsules», WALBANK, Commentary, ad loc., que sigue PEDHECH, Polybe, I, sin citarle. PATON, Polybius..., obvia la dificultad con una traducción muy libre: «In the consulship of Gaius Atlius and Lucius Manlius we find them building fifty ships.»
110 En griego, Panormus. Cf. la nota 32.
111 A principios de verano del año 250, seguramente en el mes de junio.

112 Actualmente este río se llama Oreto.
se hallaban alineadas ante el foso. Agobiados por las flechas y llenos de heridas, se desordenaron rápidamente, se revolvieron y se dirigieron contra los suyos, pisoteando y matando a muchos cartagineses, desbarata-

tan las formaciones y destruyéndolas. Al verlo Cecilio hizo una enérgica salida con sus hombres, que arremetieron de flanco sobre los enemigos ya confundidos; las suyas eran tropas de refresco y en buen orden. Infligió una severa derrota a los adversarios, mató a muchos de ellos e hizo huir el resto a la des-

bandada. Capturó diez elefantes con los indios que los guiaban, y después de la batalla, cercó a las resistan-

tes fieras, que se habían deshecho de sus guías, y se apoderó de todas. Después de llevar a buen término esta operación, nadie dudó en reconocer a Cecilio como causante de que las tropas de tierra recobrarán el ánimo en beneficio de Roma, y de que éstas volvieran a dominar el campo abierto.

La noticia de este éxito llegó a Roma, y los romanos se llenaron de gozo, no tanto por aquella derrota del enemigo, que se vio despojado de los elefantes, como porque los suyos habían cobrado ánimo, tras haber superado a las fieras. Ello hizo que los romanos se confirmanen en su proyecto inicial, el envío de los generales, con la flota y las fuerzas marítimas. al teatro de operaciones, con el afán de acabar como fuera con esta guerra. Hechos los preparativos para la expedición, los generales zarparon, con doscientas naves, y pusieron rumbo a Sicilia. Era el año decimocuarto de esta guerra. Fondearon junto a Lilibeo, y tras reunir-

se allí con sus ejércitos de infantería, emprendieron el asedio, porque si triunfaban aquí podrían extender fácilmente la guerra al África. Los jefes de los carta-

gineses opinaban prácticamente lo mismo, y hacían los mismos cálculos que los romanos. Por eso, consi-

derando que todo lo demás era accesorio, se dedicaron por entero a prestar ayuda a la plaza, a combatir y a soportar todo por la ciudad citada, puesto que ya no les quedaba ninguna otra base, a excepción de Dré-

pana,

y los romanos dominaban todo el resto de Si-

cilia.

DIGRESIÓN SOBRE SICILIA

Para evitar que la narración resulte poco clara a los que no han estado en este país, intentaré ofrecer a los lectores una idea acerca de la orientación de su emplazamiento.

En su conjunto, por lo que se refiere a su orienta-

ción, Sicilia tiene, si se la relaciona con Italia y su extremidad, un emplazamiento paralelo a la situación del Peloponeso respecto al resto de Grecia y sus pro-

montorios; la única diferencia que existe entre ambos es que Sicilia es una isla y el Peloponeso una penin-

sula. El espacio que le separa del resto de Grecia se recorre a pie, mientras que el que hay entre Sicilia e Italia, por mar. La figura de Sicilia es triangular, y 3

113 «Indio» en Polibio significa simplemente «conductor de elefantes», sin prejuzgar para nada el origen de este personal. El Diccionario de la Real Academia admite los términos «cornac» y «cornaca», pero me parecen galicismos excesivos.

114 La moderna Trepani.

115 Si bien la isla de Sicilia presenta una forma sensiblemente triangular, de un triángulo casi equilátero, cuyo vértice inferior, el cabo Lilibeo, está desplazado ligeramente hacia el E. en referencia a los otros dos vértices, los cabos Pelorias y Paquinio, es indudable que los geógrafos de la antigüedad erraron en cuanto a la orientación general de la figura geométrica que ofrece la isla, pues tuvieron el cabo Lilibeo como muy desplazado hacia occidente en relación con los otros dos. Amplia exposición, en Walbank, Commentary, ad loc.
los vértices de cada ángulo toman la disposición de un promontorio. El primero, orientado hacia el Sur y que se adentra en el mar de Sicilia, se llama cabo Paquino; el segundo tiende hacia el Norte y limita el estrecho en su parte occidental. Este cabo, que se llama de Peloriade, dista de Italia unos doce estadios. El tercero se enfrenta al mismo continente africano y, gracias a su situación favorable, domina las puntas avanzadas de Cartago, a unos mil estadios de distancia de ellas. Se llama el cabo Lilibeo; está orientado en dirección Sudoeste, y separa el Mar Africano del de Sicilia. En él hay una ciudad que tiene el mismo nombre que el lugar, y que estaba entonces asediada por los romanos. Sus muros la aseguraban excepcionalmente, y la rodeaba un foso profundo; además el mar tiene allí bajos, y la entrada en el puerto debe hacerse a través de ellos, lo cual requiere gran práctica y habilidad. Los romanos establecieron dos campamentos cerca de la ciudad, uno a cada lado, y fortificaron el espacio intermedio entre ambos con un foso, una estacada y un muro. Luego empezaron a hacer obras contra la torre más cercana al mar, que daba al Mar Africano. A fuerza de añadir constantemente nuevos preparativos a los anteriores y de extender los equipos de las obras, los romanos terminaron por derrumbar las seis torres contiguas a la citada, y empezaron un ataque simultáneo contra las restantes por medio de arietes. Como el asedio se hacía enérgico y pavoroso, y diariamente había torres que se derrumaban y otras que amenazaban ruina, y como las obras romanas penetraban cada vez más en la ciudad, entre los asediados reinaban consternación y confusión terribles; dentro de la plaza había, además de la masa de la población, unos diez mil mercenarios. El general cartaginés Imilcón no omitía nada que fuera factible, o levantando contra-muros o excavando contraminas, y no era pequeño el apuro que proporcionaba al adversario. Además, efectuaba salidas diariamente, y atacaba las máquinas de asedio, por si lograba incendiariarlas. Para ello lanzó muchos e inesperados golpes de mano, tanto de día como de noche, de manera que a veces hubo más muertos en estos choques de los que habitualmente hay en las batallas campales.

Así estaban las cosas, cuando algunos de los oficiales de mayor rango de entre los mercenarios conspiraron entre ellos con la intención de entregar la ciudad a los romanos. Persuadidos de que sus subordinados les harían caso, salieron de noche de la ciudad hacia el campamento romano y entablaron conversaciones con el general. Pero el aqueo Alexón, que ya en una ocasión anterior había salvado a los de Agrigento, cuando los mercenarios siracusanos urdían traicioneras, también entonces fue él el que primero se enteró de lo que se tramaba, y lo denunció al general de los cartagineses. Éste, al oírlo, reunió al instante a los oficiales restantes y les exhortó encarecidamente, les prometió grandes dones y mercedes si se le mantenían leales y no participaban en la conspiración de los que habían salido. Ellos acogieron bien sus palabras, y Imilcón inmediatamente después envió con ellos para que se presentaran ante los galos a Aníbal, hijo de aquel Aníbal muerto en Cerdeña, ya que durante la campaña había surgido gran familiaridad entre ellos.

116 Se trata de los cabos Bon y Farina.
117 Un plano con la disposición del cabo Lilibeo y la ciudad del mismo nombre, en Walbank, Commentary, pág. 106.
118 Es decir, muros paralelos a los destruidos por los romanos.
119 La traición descubierta a tiempo es una constante en la obra de Polibio; cf., por ejemplo, III 78, 14, sólo por citar un caso.